



Este libro intenta recuperar desde la realidad y la ficción las emociones de un hincha y una hinchada reconocida por muchos como la más creativa de la Argentina. A veces, es difícil separar las vivencias individuales del pulso de la multitud cuerva que me hizo conocer mi tío cuando me llevó a ver por primera vez a San Lorenzo en 1988.

Partidos, situaciones curiosas, goles convertidos y errados, emociones, jugadas increíbles, victorias y derrotas. Una selección artificial de momentos de parte del autor, con todas las limitaciones que eso conlleva. Que cada hincha cuervo podría recordar otras veinte, cientos, miles de situaciones. Porque el fútbol es una inagotable caja de sorpresas.

Los relatos recuperan lo que pasó dentro de la cancha y también parte de lo que ocurría afuera. Alternando entre victorias sufridas y derrotas que pudieron haberse evitado con un guiño cómplice del destino. Que pareciera ser que nunca sobra nada, pero tampoco falta, que si no, no sufriríamos los cuervos. Un partido que vas perdiendo seis a cero no lo sufrís, lo padecés. Algunas de las situaciones que se recuperan, tensionan la posibilidad de perder y de ganar, estando suspendidos en un equilibrio casi existencial y a una misma distancia de uno y de otro resultado. Sufrir implica tramitar esa tensión, ese vivir dependiendo de un hilo. A veces, resolviéndose de una forma y otras de otra. A suerte y verdad.

Los textos de este libro intentan también recuperar la pertenencia natural al barrio y el anhelo de la vuelta a Boedo que demanda la historia. Cuentan también de jugadores que fueron campeones y otros que no tuvieron esa suerte. No es una historia de ganadores, sino de tipos que se caen, se levantan, vuelven a tropezar para intentar siempre volver a incorporarse o morir de pie. Con la casaca azulgrana en la piel. Con la fe inquebrantable que no garantiza victorias, pero sí pelearla hasta el final. Con el aliento de una hinchada inigualable, "que se hizo gloriosa en las buenas y en las malas, la que lleva en la sangre la pasión azulgrana". La pasión azulgrana.

por Sebastián Giménez

SEBASTIÁN GIMÉNEZ

VEINTE RELATOS CUERVOS ALEGRÍAS Y TRISTEZAS DE VIVIR UNA PASIÓN



VEINTE RELATOS CUERVOS
Alegrías y tristezas de vivir una pasión

VEINTE RELATOS

CUERVOS

**Alegrías y tristezas
de vivir una pasión**

Sebastián Giménez

VEINTE RELATOS CUERVOS

Alegrías y tristezas de vivir una pasión

Copyright © 2018 by Sebastián Giménez.

Imagen de tapa: Foto de CUERVO, escultura de Sebastián Lartigue.

Diseño de tapa: Diego Carralbal.

Sobre el Autor

Sebastián Giménez. Nació en 1979. Estudió la escuela primaria en el colegio San Antonio, lugar emblema donde nació San Lorenzo. Es licenciado en Trabajo Social y escritor. Argentino y cuervo hasta morir. Es autor de la novela “El último tren: un recorrido por la vida militante de José Luis Nell”, editada por Ediciones Digitales Margen (2014).

E-mail de contacto: sgimenez5804@yahoo.com.ar

Índice

PALABRAS PRELIMINARES	7
EL HOMBRE QUE TRABÓ CON EL TRANVÍA	9
CHOLO, EL HOMBRE QUE HABÍA CONOCIDO A LORENZO MASSA	11
1989. UNA POCO RECORDADA CARAVANA HACIA AVENIDA LA PLATA	15
NOS TAPÓ EL AGUA	19
NOS COMIMOS CINCO, PERO RECUERDO UNO	24
EL DÍA EN QUE UN PASTOR EMBRUJÓ A LOS CUERVOS	28
LOS FORZOSOS DE ALMAGRO EN 1991	33
UN JUEGO DE AZAR	37
1994. EL DÍA EN QUE NO PODÍAMOS PERDER	41
TANTO CABEZAZO PARA TAN POCO CENTRO	44
UN PARTIDO ESCINDIDO	48
SE DIO	51
NI LA PATADA DEL FINAL	55
NO SE DIO	59
QUEDAN LOS ARTISTAS	64
EL DÍA EN QUE PIPO SE PUSO EL OVEROL	68
EL ÚLTIMO SUSPIRO	72
UN EQUIPO DE HOMBRES	77
LA MANO DE DIOS	81
13 DE AGOSTO DE 2014	86
LA YAPA: LA CARRERA DEL PIPI	91
AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS	95

PALABRAS PRELIMINARES

“Ser de San Lorenzo es un interminable sobresalto, una carga que se arrastra en la vida con tanto desconcierto y orgullo como la de ser argentino”
Oswaldo Soriano

Es difícil realmente encontrar mejores palabras que las de Soriano para describir lo que es ser de San Lorenzo. Este libro recupera no sólo mis vivencias como hincha sino distintos partidos y situaciones que atravesamos los cuervos, siempre alternando entre la alegría, el sobresalto, la tristeza, el sufrimiento inevitable de esa carga que tan bien describió Soriano.

Son relatos escritos desde el lugar del hincha, desprovistos de todo análisis objetivo, que pasan por los sentimientos, por las vivencias y la creatividad inagotable de nuestra gente. Se describen situaciones de victoria y también de derrota, desilusiones, momentos límite que vivió el ciclón y de los que pudo salir siempre con esa fuerza tan especial de sus hinchas.

Ser de San Lorenzo se lleva con orgullo y desconcierto, porque implica también una especie de obstinación que trae al presente momentos de derrota de los que de alguna manera nos vanagloriamos. Como una especie de código tumbero, de esos tipos que muestran sus heridas como una forma de autoafirmación a esos cuerpos inmaculados que nunca sufrieron. Estamos bastante curtidos los cuervos. Caer, levantarse, volver a caerse, y seguir levantándose, que tal parece la historia de este querido club.

Las que siguen son historias que recuperan algo de esa pasión inigualable, indescriptible. Las palabras no siempre alcanzan para dar cuenta de ella. Como dice la gloriosa hinchada, “que no tiene

explicación, eso es verdad, cada vez te quiero más, y siempre voy a estar presente”.

Son textos, son relatos escritos entre la realidad y la ficción y desde el sentimiento más que desde la razón. Una especie de ocasión, para los cuervos e hinchas de fútbol que quieran leerlo, de volverse a encontrar con otros a compartir lo que el ciclón nos sigue provocando. Emociones, alegrías y tristezas de vivir una pasión.

Sebastián Giménez.

Junio 2018

EL HOMBRE QUE TRABÓ CON EL TRANVÍA

Armar los equipos no era cosa que demorara demasiado. Por afinidad se iban agrupando los jóvenes, y no eran raros los casos en que el fútbol servía para dirimir viejas rencillas barriales o de amoríos. Si antes el malevaje utilizaba el puñal para saldar las cuentas, en ese momento la pelota que pesaba casi tanto como un adoquín servía como medio menos cruento para poner las cosas en su lugar.

No había árbitro y los testigos no abundaban. Se jugaba en la calle y uno de los lados de la cancha limitaba con la vía del tranvía. La tierra formaba una gran nube de polvo que envolvía a los jugadores y las partidas parecían del lejano oeste. De un enjambre de piernas sobresalía ella, la de cuero, la suprema jueza de los sueños, rencores y desafíos de esa genuina estirpe de argentinos.

De esos partidos hubo muchos, pero uno marcaría la historia para siempre. El partido estaba peleado, áspero. Juan Abbondanza paró la pelota y la tiró hacia adelante como wing izquierdo. Por adentro, la pedían los compañeros anónimos bien cerca del arquero. El jugador escuchó el ruido de siempre del tranvía y su aliento se cortó al sentir que lo perseguía a sus espaldas. La pelota viboreaba caprichosamente por la vía. Muchos creerán que los jugadores de nuestro fútbol contemporáneo son valientes porque meten un codazo o un planchazo al rival o porque traban con la cabeza, pero este hombre, el wing izquierdo de México y Treinta y Tres Orientales tenía la pelota ahí adelante, cerca, coqueteando con él, y persiguiéndolo de atrás estaba la muerte, nada más y nada menos. Cualquier otro hubiera desistido de la empresa, pero este hombre siguió corriendo para el desborde heroico. Era gol y morir. Era pelota afuera y vivir. O era gol y vivir. O era morir para nada. Juan Abbondanza siguió la pelota hasta que el tranvía lo alcanzó y lo tumbó en la cancha. Los compañeros concurren presurosos a ayudarlo.

De esa caída, de ese hombre que trabó la pelota con el tranvía iba a nacer uno de los clubes más grandes de la Argentina. Sin ese acto de arrojo, no se hubiera conmovido Lorenzo Massa. San Lorenzo se fundó por una caída, como desafío tenaz a los molinos de viento. Y su partida de nacimiento se extendió en México y Treinta y Tres Orientales, barrio de Boedo. De donde nunca debió haber salido. A donde volverá siempre, por esa obstinación con que se empeña siempre en seguir adelante.

CHOLO, EL HOMBRE QUE HABÍA CONOCIDO A LORENZO MASSA

Al abuelo de mi mujer Mariana le decían Cholo. Había nacido en Necochea en el año 1914, provincia de Buenos Aires, en la costa atlántica donde las playas se extendían como un húmedo desierto surcado de médanos. Cuando ya estaba viejo, le gustaba comentar sus recuerdos, ir al lugar donde lo habían bautizado en el centro de la ciudad, visitar esa iglesia.

-Todos están bajo tierra. – decía sonriendo irónicamente y desafiando al tiempo. Que él seguía ahí, y te la podía contar. Todo llega, pasa y se va decía cuando se ponía melancólico. De todo esto que ustedes ven, nos decía, no había nada hace cincuenta años. Nada, como si por un artilugio de magia todo hubiera sido devorado, modificado radicalmente por el tiempo. Fue hinchado de Independiente en su primera infancia, antes de abandonar Necochea. Recordaba casi fotográficamente el tren que salía para internarse en el desierto de la llanura pampeana y los pañuelos agitados en el aire de los lugareños despidiendo a quien había sido juez de paz de Necochea, su padre.

Llegar a la Capital Federal, y ser uno más de los pibes del interior, muy joven en la urbe que prometía otro tipo de vida. Y fue a caer en el barrio de Boedo, porque su padre había puesto la metalúrgica Sartore cerca de Mármol y avenida Chiclana. Y él, que era chico, iba al colegio San Antonio, ese lugar místico donde nació San Lorenzo de Almagro, fundado por esos pibes de barrio encabezados por Federico Monti y Antonio Scaramusso, que pateaban la pelota de cuero en las calles adoquinadas.

Lo que más me interesaba de su historia, era que había conocido a Lorenzo Massa, el Padre salesiano que apadrinó de alguna forma el nacimiento del club. No me sabía dar tantas referencias de él, porque

un poco que los recuerdos se le entreveraban con otras cosas que lo habían impresionado tal vez más.

-Todos los días de la semana nos teníamos que levantar para ir a la misa de ocho. En esa época no era la joda que es ahora – me decía entonces.

-¿Y la daba el Padre Lorenzo Massa la misa?, inquiría yo.

-No siempre – decía él. En invierno hacía un frío que me helaba los huesos, y nos teníamos que arrodillar en la capilla.

Y hacía analogías fáciles con el relajamiento de las costumbres actuales, de las creencias que se relativizaron tanto como la fe misma. Y claro, se hizo de San Lorenzo. Que cuando conoció al club casi desde las entrañas de su nacimiento, era muy difícil no terminar siendo un cuervo. Y viviendo en Boedo, era imposible que no fuera hincha cuando en esos tiempos los pibes andaban más en la calle que en la casa, que la inseguridad no existía o se vivía distinto que ahora.

-Todo esto era quintas, sabía decir Cholo cuando caminaba con nosotros por Venezuela, por avenida México, Quintino Bocayuva, Treinta y Tres Orientales y Avenida La Plata.

Y tenía recuerdos del club, y le encantaba contarme que cuando nació su hijo varón, lo hizo socio de San Lorenzo apenas vio la luz, tanto que Juan José Bonifacio Sartore fue vitalicio a los treinta y cinco años. Fue Bonifacio por el santo, costumbre que nadie osaba contradecir. Que era otra vida, casi que pensada y diagramada por la iglesia, los santos. Y San Lorenzo.

Contaba anécdotas de todo tipo. De partidos de tercera, de reserva y primera, cuando iba a la cancha luego de degustar las pastas infaltables, costumbre de herencia italiana, de los domingos que le preparaba su esposa Angelita. Se iba con los amigos a ver como seis horas de fútbol, que en esa época no había tele. Y los carnavales, y el Gasómetro era casi su segunda casa. Y me contaba también que había

conocido de chiquitos a jóvenes del barrio, a través del negocio de la metalúrgica, que incluso habían prosperado hasta presidir al club de sus amores.

¿Recordás algo más de Lorenzo Massa?, le inquiría yo. Esa curiosidad que traía al siglo XXI las palabras de José Bidegain cuando despidió al Padre Lorenzo: “hablarán de él y lamentarán no haberlo conocido, pero lo querrán”. Él me volvía a contar lo de las misas tempraneras y que el Padre se había muerto en 1949, cuando él tenía 35 años. Recordaba que en la despedida definitiva del cura, muchos hombres de traje y sombrero lloraban a moco tendido. No me dijo si él había llorado, tal vez porque era un hombre que no demostraba demasiado sus emociones pero era muy expresivo. Pero llorar no.

De los equipos del ciclón, me recitaba de memoria el campeón del 46, el de Farro, Pontoni y Martino, el terceto de oro. Y seguía impresionado por la gira del equipo por Europa del año siguiente a salir campeón, goleando a los seleccionados del viejo continente. Ahora nadie recuerda eso, me decía cuando me veía lamentarme por la falta de un título internacional, esa agenda pendiente que tuvimos durante tantos años los cuervos.

Cuando lo conocí a Cholo, su pasión por el ciclón seguía intacta pero la vivía de otra manera. Ya no iba a la cancha, y no soportaba ver los partidos por televisión. Los partidos lo ponían definitivamente nervioso. Le importaba tanto que ganara San Lorenzo como que perdieran Boca y Racing, que esos eran unos soberbios, me decía respecto de algunos compañeros de trabajo que lo habrían gastado en el pasado. No escuchaba tampoco los partidos. Cuando San Lorenzo

jugaba, prefería irse a caminar por el barrio, deduciendo el devenir de las noticias de lo que observaba. Si la sordera no lo traicionaba y escuchaba gritar un gol a alguien, se paraba y le preguntaba. ¿Sabe de quién es el gol? Si era de San Lorenzo, sonreía. Si eran malas noticias, refunfuñaba y seguía caminando.

1989. UNA POCO RECORDADA CARAVANA HACIA AVENIDA LA PLATA

Corría el año 1989. El cabo Heredia, cansado, caminaba resignado hacia el estadio de Ferro Carril Oeste luego de haber estacionado el patrullero acompañado por sus compañeros de la seccional, viendo cómo se le escurría como agua entre los dedos la posibilidad de pasar esa linda tarde de sol con su familia.

-Me falta un hombre para cubrir un partido. Ya te tomaste franco la semana pasada. – le dijo el oficial González como previendo alguna resistencia.

Pero Heredia se limitó a bajar la cabeza y prepararse para partir.

-Igual es gente tranquila, no vas a tener mucho trabajo – le alcanzó a decir González a modo de consuelo.

Las calles de Caballito aparecían inundadas por miles de simpatizantes aquél domingo, en que San Lorenzo enfrentaba a Platense. En esos momentos, ser de San Lorenzo e ir a la cancha daban cuenta de una obstinación que sólo explicaba el amor a la camiseta. El equipo marchaba último en el torneo y había sido eliminado recientemente de la tan ansiada Copa Libertadores de América. San Lorenzo venía “de racha”: 15 partidos sin ganar, con 7 empates y 8 derrotas.

El cabo Heredia entró a la cancha y se colocó en una esquina del campo de juego, que daba a la tribuna visitante que ocupaba la parcialidad azulgrana por ser más espaciosa. La gente se iba acomodando como hormiguitas, agrupándose, separándose, poniéndose unas sobre otras. El cabo Heredia miró hacia la esquina opuesta y saludó levantando la mano al cabo López. Entonces, fijó la vista en la tribuna pensando qué linda tarde me pierdo para venir acá, a este partido de mierda que no le interesa a nadie.

“Vos sos así, cuervo tarado / fui a tu cancha y me encontré con un mercado”, cantaban hirientes los hinchas de Platense.

“Eso que dice la gente / que no tengo cancha, que tengo un mercado / no le damos bola, vamos a todos lados / yo soy de Boedo, al cuervo lo quiero”, respondieron los azulgranas tapándolos. El cabo Heredia, abstraído en sus pensamientos, bajó de pronto a la tierra por la vibración del canto. Y se sonrió y pensó pobres tipos, hay que tener ganas de venir a la cancha, a estos tablones, con el equipo último. Buena gente, recordó la frase del oficial González.

El comienzo del partido mostró un San Lorenzo impreciso, que tiraba pelotazos al área para sacarle chichones a los centrales de Platense. Un partido muy pobre, que navegaba entre la impotencia de los azulgranas y la avaricia de un equipo visitante que sólo quería el empate.

Los hinchas azulgranas comenzaron a revolear sus pulóveres, remeras y trapos hacia el cielo. Se formó así una nube de prendas suspendida sobre la tribuna, mientras el partido no traía ninguna novedad de provecho. El cabo Heredia sonrió cuando una remera cayó sobre la cabeza de un anciano, que riéndose la volvió a arrojar al cielo. Por esos ojos habían pasado los Matadores, los Carasucias. En ese momento, esos pataduras que no la podían ni parar. Heredia se dijo pobres tipos, las boludeces que tienen que inventar para pasarla bien. ¿A quién se le ocurre tirar la ropa al aire? Llevo vistas las hinchadas de Boca, River, Racing, Independiente. Dejame de joder. Estos tipos no son gente buena, están totalmente locos.

El partido no traía novedades. San Lorenzo no podía ni patear al arco, no se escuchaba ni un “Uhhhh”, nada.

“Aunque ganes o pierdas / no me importa una mierda / sigo siendo de Boedo / a San Lorenzo lo quiero”.

El cabo Heredia se vio estremecido por el grito mientras verificaba en su reloj el tiempo que faltaba para retirarse. Fijó sus ojos en esas gargantas enronquecidas que lo empezaron a conmovier. Sin darse cuenta, comenzó a mirar de reojo el partido, como implorando que la pelota entre en el arco y esos pobres tipos tuvieran algo bueno que gritar. Consideró que se lo merecían al menos por el estoicismo. Pero las esperanzas se desvanecían como agua en el Sahara. Un delantero azulgrana, desde buena posición, le pegó “con el diario” y la pelota rozó la parte exterior de la red. “Uhhhhhhhh”, bajó de la tribuna cuerva.

Entonces, voló el enésimo centro de los cuervos hacia el área del equipo calamar. Corrían 40 minutos del segundo tiempo. Era de esos centros llovidos, que solían ser rechazados fácilmente por las defensas. Un rebote. La pelota viajó mansa al pecho de un marcador central de San Lorenzo, de apellido Carrasco. Contrariamente a lo que todos pensaban, el balón no rebotó en el pecho del jugador “como en una tabla”, sino que bajó mansamente hacia el pie zurdo. Se produjo un silencio de tensión, milésimas de segundo en que más de un hincha se perfiló para atajarla desde la tribuna. Pero no. El jugador la empalmó con precisión y la pelota entró arriba por el medio del arco, inatajable para el arquero. ¡Gooooooooooooo!!!!

El estadio se vino abajo casi literalmente, los tabloncillos viejos de la cancha se retorcieron aguantando estoicamente la alegría cuerva. El Bambino Veira se arrodilló dentro del campo de juego con las manos apuntando al cielo. Me traicionó el temperamento, diría después. Las lágrimas brotaron espontáneas de varios hinchas.

El cabo Heredia se sorprendió al verse gritar suavemente el gol, como una prolongación del grito contenido de tanta gente. Con el mismo estupor vio su puño apretado, como descargando la tensión que en ese momento se liberaba. Vio que no estaba ligeramente

inclinado espiando el partido, sino mirándolo de frente, y si hubiera sido por él hasta le hubiera pegado a la pelota si le erraba el jugador, tan cerca estaba.

Terminó el partido. El cabo Heredia escuchó el grito de triunfo contenido de los pobres tipos, que ahora eran los más felices del mundo. No fue eso lo que más le impresionó, sino otra cosa que desató la conquista azulgrana.

Miles de hinchas de San Lorenzo tomaron el barrio de Caballito inundando sus calles con todo su colorido y sus cantos. El equipo había quedado último con Racing de Córdoba. El cabo López le susurró a Heredia que los acompañaban hasta Avenida Rivadavia y trabajo terminado. Falta poco, ánimo le dijo. Pero el cabo Heredia no lo escuchó porque estaba mezclado entre la gente y lo que dijo López fue tapado por el canto de la multitud.

“Nos fuimos al descenso, nos vendieron la cancha / lo que nunca pudieron es parar esta hinchada / que se hizo gloriosa en las buenas y en las malas / la que lleva en la sangre la pasión azulgrana”.

De repente, se improvisó una caravana que tomó Avenida Rivadavia, Rosario, Avenida La Plata hasta llegar a Carrefour, el antiguo lugar del Gasómetro. Las puteadas de López se hacían sentir, porque tenían que seguir a la gente si no se dispersaba. El cabo Heredia, en cambio, iba como hipnotizado por la multitud, mirando sus caras, como intentando develar un misterio. Caminando por Avenida La Plata sintió ganas de sacarse el uniforme, tirar la gorra, revolver el arma y la cachiporra a la mierda. Entonces se arrimó un pibe que, adivinándole la intención, le alcanzó un pequeño pañuelo azulgrana. El cabo Heredia agradeció el obsequio y lo guardó debajo de su uniforme. Conservó ese pañuelo como un amuleto para enfrentar momentos difíciles, evocando la fe encomiable de esos locos que esperaban ver brotar milagros de la nada misma.

NOS TAPÓ EL AGUA

No recuerdo por qué, pero en mi infancia fui socio del Deportivo Español. Solíamos ir con mis viejos Mecha y Rafa, mis hermanas Vero y Ceci y mis primos Martín y Diego. Quizás haya sido por influencia de Luis González, el vecino de planta baja del edificio de Quito. Ese que más que vecino era casi uno más de la familia, tanto que todas las mañanas y tardes se sentaba a ver la tele y leer el diario. Era casi un vecino adoptivo, pongámosle.

El club era algo hermoso. Una pileta infantil que era un ocho gigantesco para nosotros y otra, la olímpica, que era la envidia de no pocos clubes. Y una cancha de fútbol chiquita, de cemento. Ese día, lo visitaba San Lorenzo.

Era el campeonato largo 89/90. En estas épocas, putean si el equipo no despega de la mitad de tabla, en esa campaña terminamos decimoquintos. Visitaba ese día al Deportivo Español, que también andaba mal ese año.

Los cuervos, allá, donde me hubiera gustado estar esa tarde, cantaban:

“Alentemos todos juntos / pa que pongan huevos nuestros jugadores / que los partidos se ganen dentro de la cancha y acá en los tablonés”.

Fuimos a la tribuna de los locales con mi viejo Rafa y el primo Diego. Cielo nublado. La tribuna no tendría más de cincuenta escalones. Parecía de metegol. En la tribuna local, en que nos pusimos en la parte superior izquierda, habría cincuenta, cien personas como mucho. Los sub 50 eran muy pocos. Dicho de un modo menos elegante, eran viejos que lo mismo se hubieran quedado jugando a la canasta que mirando el partido. Pero ahí estaban, y cuando se ponían contentos cantaban “Españooooool / Españooooool”, y pará de contar. Y

así fue, tuvimos que escuchar el cantito cuando a los 4 minutos Caviglia abrió el marcador para los gallegos.

Allá, la hinchada del Ciclón aguantaba sacando pecho con música de Todavía Cantamos de Víctor Heredia: “Aquí está la gloriosa barra de San Lorenzo / la que no tiene cancha / se bancó el descenso / a pesar de los años, los momentos vividos / siempre estaré a tu lado San Lorenzo querido”.

Pero por supuesto que los cuervos todavía cantaban, para la eternidad y pasara lo que pasara.

No me acuerdo mucho del partido, y aquí el narrador debe ser sincero. Es difícil recordar un equipo que no jugaba a nada, que era no sólo limitado sino muchas veces de una inferioridad respecto al rival que daba pasmo. Era como la jornada 25, ya los dos equipos no tenían mucho que jugar. Para cumplir con el fixture. 4 de marzo de 1990.

Estaba nublado, pero el cielo blanco en un momento se puso negro, negro carbón viejo. El sol ya no iba a volver a asomar. Comenzó a llover, al principio despacito y luego ya con más intensidad. Con el viejo y el primo Diego, subimos un poco la tribuna y nos colocamos bajo un cartel de la campaña política de Ríos Seoane.

Y nuestra hinchada, allá lejos, bailaba al ritmo de la Lambada bajo la lluvia: “De Boedo soy / señores soy hincha del ciclón / vamos azulgrana, vamos a ganar / que el domingo ya no vuelve más”. Y la otra, inquisitiva o que reflejaba más lo que pasaba en la cancha en ese campeonato.

“Dejo todo por San Lorenzo, ganes o pierdas te sigo igual / un sentimiento inexplicable que lo llevo adentro y no puedo parar / Vamo azulgrana / ponga huevos ciclón/vamo azulgrana / te quiero ver campeón / vamo azulgrana / no le falles a toda tu gente”

Conmovía bajo el diluvio ver la fidelidad de nuestra hinchada. Cómo le iba a fallar el equipo, estoicos bajo el diluvio los cuervos aguantaban en un partido en que no se jugaba absolutamente nada y que perdían uno a cero desde el vestuario.

Los que no aguantaron mucho tiempo fueron los gallegos compañeros de tribuna. La lluvia hacía burbujas y los hinchas locales no tardaron en abandonar la cancha, a guarecerse bajo algún techo que les permitiera retomar la partida de canasta o de truco. La tribuna local aparecía desolada, sólo resistían tres hinchas bajo el cartel. Tres hinchas que no eran de Deportivo Español sino de San Lorenzo. Mirábamos el cielo, que no regalaba esperanzas. El diluvio universal parecía. Como si Dios se hubiera cansado de tanta mediocridad ese día ahí en el Bajo Flores. Ya totalmente empapados, veíamos las cascadas pintorescas que se formaban por el declive de los escalones y la gran cantidad de agua caída.

El partido no traía novedades, como el día. Que era una lluvia que ya dolía les digo. Y se improvisó ahí una asamblea de tres bajo el cartel. Que el primo Diego votaba por irse. Que yo votaba por quedarnos. Que el viejo no podía hacer nada, porque no era el rey Salomón. Que nos quedábamos, que nos íbamos. Que ya no se podía más. Pero si ya estás todo mojado, da lo mismo todo, le decía al primo Diego. Al primo le gustaba el fútbol, y era un 5 que jugaba como la gran siete en nuestro equipo del fútbol recreativo de San Lorenzo, todos los sábados. Pero cuando el placer de ver un partido se convertía en sufrimiento, desistía. No podía entender la temeridad de quedarse, empapados hasta los huevos y en el cielo dibujándose relámpagos, truenos, e incluso rayos que caían vaya uno a saber dónde. No había celular en esa época, pero mi vieja no estaría muy preocupada. Y la tía Inés y el tío Horacio tampoco. Éramos tres pollos pasados por

agua, en una tribuna desolada, los últimos sobrevivientes supuestos hinchas de ese equipo que hasta ahí iba ganando uno a cero.

Había que motivarse, con un equipo flojo que no jugaba a nada, para quedarse. La lluvia no cesaba, la pelota hacía patito. Imaginemos que, si en cancha seca no la podíamos parar, en cancha mojada la cosa era todavía más difícil. Pero en ese momento, mientras pensábamos eso, empató el Pachi Ozán, ese jugador bajito que prometía tanto y pocas veces concretaba. Que la dominaba con tanto panorama, con tanta agresividad parecía, pero enseguida lo tapaba el agua. Ese día no, ese día la clavó con un derechazo en el arco de don Pedro Catalano, el arquero gallego al que a veces saludábamos en la piletta.

Después de ver eso, el cielo siguió lloviendo, y sabíamos que no iba a parar más. En el final del primer tiempo, nos dieron un penal no sé si por foul del defensor de Español o porque el Beto Acosta se resbaló en un charco. Y la metió el Beto de penal. Y seguía lloviendo. Ya estábamos empapados, y daba lo mismo. Que hacía poco había sido carnaval, primeros días de marzo, que todavía no habíamos empezado las clases.

¿Para qué volver? ¿No ves que el lunes ya nos tenemos que poner el guardapolvo? Pero no había caso y el primo Diego se quería ir. Y el viejo también, yo lo sabía. Aguantaba estoico porque yo me quería quedar.

Segundo tiempo, y seguía la lluvia como en el primero. Promediando la etapa, el gol de Walter Parodi le daba el empate a los gallegos. Nadie lo gritó, ni en la platea quedaban hinchas. Otra vez sopa, me decía yo.

Y la puta que lo parió, nos dijimos con el viejo y el primo Diego. ¿Para esto nos quedamos? Otra vez el Pachi Ozán volvía a ser él, a quedarse en la orilla del área, donde se lo devoraba el pantano hecho por la lluvia crepitante. ¿Para ver estos muertos nos tenemos que

quedar? Se volvió a hacer asamblea en la tribuna local entre los únicos hinchas que sobrevivían a la catarata y al diluvio universal. El viejo ya no sabía ni dónde meter los anteojos, que guardaba en un rompevientos. Pero sin anteojos ya no veía un carajo. No tenía sentido seguir, me dije.

Vamos, dijimos al unísono, que eso no tenía más sentido. Que era un partido de mierda, que a San Lorenzo siempre le pasaba lo mismo. Nos fuimos cabizbajos bajo la lluvia de mil demonios, sin saber por qué nos habíamos quedado ni por qué nos estábamos yendo. Con esa sensación agria de saber que al final la lluvia, la desazón te venció. Que mi fanatismo por el Ciclón tenía su límite. Caminar los quinientos metros para salir del club, totalmente desolado, ni los tipos de la entrada quedaban, se habían ido todos a la mierda ni bien supieron que la lluvia no iba a parar. Tomarse el 56, que nos traía de vuelta a Almagro. Con la radio en la oreja, que sobrevivió milagrosamente al temporal, grité el gol de Siviski, que nos dio la victoria a los 42 del segundo tiempo.

NOS COMIMOS CINCO, PERO RECUERDO UNO

El torneo 89/90 fue aciago para San Lorenzo. Los refuerzos que había traído la dirigencia no encajaron, y el equipo navegaba en la mitad de la tabla, con ligera inclinación hacia abajo. Menos mal que habíamos hecho buenas campañas anteriores que nos alejaban de la posibilidad de temblar con la permanencia.

Ese día, enfrentamos a Argentinos Juniors en la cancha de Deportivo Español. En ese momento, mi preocupación pasaba tan solo porque el equipo pudiera hacer partido. Los de la Paternal tenían un equipazo. Asomaba Diego Cagna, en el medio jugaban Fernando Redondo, Leo Rodríguez. Arriba, Vidal González. Hacer partido no era poco, con el equipo barranca abajo e integrado por jugadores que no voy a cometer la impertinencia de recordar. Un club en crisis económica permanente los había dejado ahí solos, y se ponían la azulgrana sin tener a veces ni agua caliente en las duchas como los Camboyanos, aquellos que bautizó Lucho Malvárez con aquella declaración en el año 86. De ese equipo que había salido subcampeón en el 87/88 detrás de Newells no quedaba absolutamente ningún jugador. Todo se desarmaba y se volvía a armar, a los ponchazos.

Y entonces, el equipo era una suma de individualidades que no se conocían, que no formaban equipo, y mucho menos un equipo competitivo. Enfrente, los que ya dije. Que nos dieron un peludo que Dios me libre ese día. Pero el partido me tenía guardada una sorpresa ese día de desolación anticipada, anunciada. Un evento, una jugada que no había visto y no volvería a ver en varios años en una cancha de fútbol. Y aunque el partido era una goleada y un baile de Argentinos Juniors, esa jugada que voy a comentar más adelante la protagonizó un jugador de San Lorenzo.

En esa época, perder por goleada con el bicho de la Paternal no sorprendía a absolutamente nadie. No recuerdo con precisión todas

las jugadas de ese partido, que parecían jugadores profesionales jugando contra los solteros y casados. Que la defensa de San Lorenzo parecía jugar a otra velocidad. Éramos el nivel fácil de la Play Station de ahora, que acelerás un poco y te vas solo con el arquero.

Y el arquero de San Lorenzo, me acuerdo perfectamente que era Juan Carlos Docabo. Miren que era buen arquero, con agilidad, con reflejos, con anticipo. No era de esos que se quedan atornillados a la línea como en el metegol. No, el tipo salía a tapar, a atorar a los delanteros. Pero no saben lo que era tener que enfrentar a atacantes con pelota dominada todo el tiempo, que apenas eran desacomodados por nuestra defensa. Siempre quedábamos expuestos a contraataques o a ataques frontales que igualmente no podíamos detener. Docabo intentaba resistir en la parte inferior del plano inclinado, que no era otra cosa que la cancha. Que alguna iba a entrar, que podía atajar cuatro, cinco, seis pelotas de gol, pero si le seguían pateando lo iban a vencer. Era casi un pelotón de fusilamiento, como esta tarde que estoy comentando en que el Bicho nos metió cinco pepas. Cinco.

El arquero atoró muy bien a Cagna en el primer gol, que para meterlo se tuvo que tropezar con él, trabar con todo para vencerlo. En el segundo, lo dejaron solo a Leo Rodríguez que lo fusiló de cabeza. En el cuarto, se la picó Vidal González, un golazo. Justo que más o menos se había recompuesto la defensa y Docabo aguardaba agazapado, vino a poner una pelota perfecta por encima del arquero, que se quedó observando cómo se inflaba la red. Pero antes había sacado varias Juan Carlos, en ese partido que era de ida y vuelta porque un poquito lo emparejaba nuestro goleador que se estaba forjando, el Beto Acosta. Pero era más de ida que de vuelta el partido. De ida al arco de San Lorenzo. Pero ¿dónde quedan los goles evitados por el arquero, y dónde los goles errados por los delanteros? Que lo

que valía era la chapa, que señalaba la verdad irrefutable del resultado, determinando ganador y perdedor.

Las buenas tapadas de Docabo no iban a adornar ninguna tapa del Gráfico. No vendía haber evitado una goleada aún más catastrófica. Y bueno, tan inclinada estaba la cancha que el Bicho se puso 4 a 1. Al ratito, luego de una buena jugada, descontamos y nos pusimos 4 a 2. Para adornar un poco la estadística. Que diferencia de dos no es goleada, me decía yo en la tribuna con el viejo. Con muy poca esperanza de otra cosa.

Pero entonces, sucedió la jugada que nunca había visto en una cancha de fútbol, y que no volvería a ver en mucho tiempo más. Un ataque infructuoso de San Lorenzo que terminó en un córner. Fue a patear Rubén Ciraolo, un diez que venía de Newells y que pasó sin pena ni gloria por San Lorenzo. Buen manejo de pelota, criterio, pero el equipo no se terminó de armar nunca. Iba a patear Ciraolo y todos pensamos en Marchi o en el Beto Acosta que a veces metían goles de cabeza, y nos poníamos 4 a 3 y andá a saber. Pero no. La pelota hizo un raro efecto y se fue cerrando. Un viento feroz atravesaba la cancha de Deportivo Español hacia el arco de Argentinos Juniors. A esta altura, no sé si la metió el efecto que le dio el botín izquierdo de Ciraolo o fue un gol del cabeceador invisible, el viento. La primera vez en la vida que vi un gol olímpico. Grité el gol abrazado con mi viejo, y recuerdo su voz diciendo qué golazo, y más que lo que dijo, su cara de sorpresa y de satisfacción porque aún esos cavernícolas del fútbol podían sorprendernos con una pincelada bella, impensada. 3 a 4 nos poníamos, y como siempre fuimos a la carga, Barracas. Y uno del Bicho que se escapó desde la mitad de la cancha, y la defensa ya no volvió, a esa altura ya era transparente como estéril la resistencia de Docabo, que fue vencido una vez más, solo con su suerte. Olvídense. 5 a 3. Inapelable.

Pero con el viejo, nos tomamos el 56 que nos arrimaba a casa, y en el viaje no hicimos otra cosa que hablar del golazo de Ciraolo. Ese que iba a ser acallado por la contundencia de la goleada, destinado a ser un simple número en la estadística, un comentario en un párrafo del interior del diario. Una irrelevancia tan grande como la de las tapadas de Docabo. Pero estos dos hombres habían peleado esa tarde contra dos imposibles. Uno, como el último bastión de una resistencia destinada a fracasar. El otro, sacando un gol de la galera, desde donde nadie lo hubiera imaginado jamás, porque un centro era para ser cabeceado, no para ser gol. Nunca más vi un gol olímpico hasta que apareció un brasileño con la diez en la espalda, que le pegaba siempre al arco desde el cuarto de círculo. Que desafiaba todo el tiempo imposibles. Y que, por suerte, estaba mejor acompañado.

EL DÍA EN QUE UN PASTOR EMBRUJÓ A LOS CUERVOS

Ya casi despuntaba la primavera en el inicio del Apertura 1991, que arrancó el 10 de septiembre. Y ese día lo confirmaba más que nunca, con el sol que acariciaba la ciudad de Buenos Aires en una tarde hermosa.

San Lorenzo recibía a Talleres y en esos años era bastante difícil verlo ganar en la primera fecha.

En lo de mis viejos, teníamos un evento que no recuerdo muy bien, algún cumpleaños de un familiar o un vecino, una comunión, vaya uno a saber. Entonces, tenía prendida la portátil, que transmitía las novedades del estadio de Ferro en la voz de Gustavo Cima, relator en ese momento del Equipo Desafío y los comentarios de Julio Axel. San Lorenzo se puso uno a cero con gol de Leani. Di el grito contenido, en medio del evento que me obligaba a ser discreto. Mientras todos departían hablando y picando sándwiches de miga y otras cosas que había preparado mamá, yo estaba siempre husmeando la portátil. Que una vez se tenía que dar, arrancar arriba el torneo. Hacia el final del primer tiempo, la radio transmitía otras buenas noticias. El árbitro había expulsado en una gresca a tres hombres de Talleres. Ahí el viejo se me arrimó.

-Cuando termine acá, en un ratito nos vamos a ver el segundo tiempo, la goleada – me susurró mientras juntaba algunas servilletas de papel que se habían acumulado en la mesa. Los dos miramos a mamá, que dio su mirada aprobatoria para que nos fuéramos con el viejo.

Entonces, emprender la retirada. Bajar a todo trapo las escaleras, correr por Quito para agarrar el colectivo 2, que justo en ese momento pasaba.

-Hasta Primera Junta – le dijo mi viejo al chofer.

El chofer tiró del rollo de los boletos y los cortó haciendo palanca con el otro dedo, mientras con la otra mano le cobraba al viejo. Todas esas cosas que ya no existen por las máquinas y la Sube.

-Menos mal que pudimos zafar. Nos queda el segundo tiempo – me dijo el viejo mientras nos sentábamos en un par de asientos del colectivo casi vacío.

Íbamos escuchando la radio, partido en el entretiempo, en brevísimos instantes estaba por reanudarse. Yo goleadas de San Lorenzo no recordaba tantas, el 4 a 0 a Boca en la final de la liguilla con los golazos del Beto Acosta.

El viaje fue un suspiro, como nuestra ansiedad. Llegamos a Primera Junta y bajamos de un salto del colectivo. Tomamos Martín de Gainza, que desemboca en la cancha de Ferro, donde hacíamos de local. En el segundo tiempo liberan la entrada, me había comentado el viejo que había escuchado. Y así fue, pasamos directo a la tribuna azulgrana sin casi ningún cacheo, cuando corrían los primeros instantes de la segunda etapa. Nos ubicamos detrás del arco de San Lorenzo y el partido lo mirábamos de lejos, que se jugaba todo allá, en el terreno del equipo visitante.

Que el paraguayo Ruiz Díaz, guardameta santo, se aburría, como en esos picados desaparejos en que los compañeros se van cambiando en el arco porque los rivales no pueden ni patear. Atajá un rato vos, atajo un rato yo, y así. Acá sólo el profesionalismo impedía que los zagueros de San Lorenzo se intercambiaran los roles con el arquero.

Todas nuestras dudas se limitaban a saber cuántos goles más les íbamos a hacer al alicaído y disminuido equipo visitante. Once contra ocho, de local. El partido seguía uno a cero y las situaciones se sucedían frente al arco de Talleres, haciendo revolcar al guardameta cordobés. Que el segundo iba a llegar en cualquier momento, y el tercero, y el cuarto. Y ver a todos desde lo más alto el fin de semana,

y comprar la revista SoloFútbol o mirar el Clarín deportivo con el ciclón bien arriba de todos. Aunque fuera efímero o durara una semana, la alegría de ese lunes no te la sacaba nadie. Era ir a buscar el canillita y pedirle el diario o la revista para saborear lo que ya sabías, lo que viste en la cancha y nadie te puede contar mejor que vos pero que se veía reforzado por la mirada de periodistas que supuestamente sabían de fútbol.

El equipo cordobés no podía ni aguantar la pelota, se limitaban a reventarla, a hacer que la agonía pasara lo más rápido posible. Evitar la goleada para reponerse en el próximo partido. La gresca antes de terminar el primer tiempo los hacía pensar en una derrota lo más económica posible.

Y San Lorenzo que iba, y la superioridad era tanta que los azulgranas podían trasladar la pelota en ataque casi sin oposición hasta el área rival, donde se erguía la única barrera de jugadores visitantes dispuestos a evitar el gol. Que eran remates contra el frontón casi. Que si hubieran podido poner el micro, sin dudas lo habrían hecho. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? De visitante y con tres menos. Mirar el reloj y esperar que pasara la pesadilla. ¿Para qué seguir revoleando patadas o provocar amontonamientos? Que había que rearmar el equipo para la próxima fecha. Que esto seguía. Que son diecinueve fechas, campeonato corto.

San Lorenzo se floreaba, tocaba y los Uhhh se sucedían en el arco rival, allá un poco lejos. Con el viejo habíamos podido subir nueve escalones en la tribuna, tanta gente había, y quedamos a la altura de Ruiz Díaz. La perspectiva a veces te engañaba en esa vista lejana y horizontal de los ataques santos, que te impedía distinguir quién llegaba primero. Que pensabas se va, llega antes, pero no, siempre pasaba algo, que el arquero, que el defensor, que se le fue larga. Que esto, que aquello.

Entonces, un zaguero del equipo cordobés, sobre la izquierda de su defensa, sacó un pelotazo largo, medio llovido. Esas pelotas anunciadas, fáciles para cualquier defensa porque no traía la sorpresa y el desequilibrio de un centro atrás. Venía en el aire la pelota. Saltó Ballarino, zaguero azulgrana, en el borde del área grande. Como no queriendo la cosa, saltó también el nueve de ellos, el pastor Bebilaqua. No sé por qué le decían Pastor viejo, pero alguna brujería hizo ese día. Porque estaba solo contra el mundo ahí, recibiendo un pelotazo a la bartola de un compañero que no había querido pensar en él sino que la había sencillamente rechazado hacia donde él estaba. Algo tenía ese hombre, déjenme de joder. Porque saltó más que lo normal y cabeceó un poco afuera del área grande. Todos pensamos pelota del arquero, que lo teníamos ahí, a diez metros. Bombeada pero parecía fácil. Lo que no vimos era que venía demasiado alta describiendo una emboquillada. El paraguayo Ruiz Díaz quedó petrificado cuando descubrió que cualquier esfuerzo que hiciera era inútil para alcanzarla. La pelota entró al arco besando la red suavemente, casi como una provocación, como un goce ante la desazón de los que la vimos ingresar ahí, a unos metros. Y la puta que lo parió. Gol de Talleres.

-¡Qué golazo! – me dijo el viejo, como rindiéndose ante la evidencia. Como esos observadores imparciales que admiran la destreza deportiva, más allá de sus sentimientos o deseos.

Once contra ocho, dejame de joder. No puede ser, le dije al viejo. Y la gente que se levantó luego del sacudón, a apoyar al equipo.

“Que esta tarde /cueste lo que cueste/ que esta tarde tenemos que ganar”.

El equipo se nubló. Tenía el mismo tiempo que antes cada jugador para trasladar la pelota. Pero la jugada no salía. Cada hombre del Ciclón veía surgir dentro de sí un defensor. No parecían ya once

contra ocho. Sino once contra quince. Era de esos partidos donde el fútbol se convierte en una gigantesca sesión de psicología, de profecías autocumplidas, de negación, de miedo al ridículo.

El aliento seguía bajando de la tribuna. Los minutos se escurrían, que el tiempo pasaba demasiado rápido a veces. Y un San Lorenzo apurado y confundido, víctima de ese shock del gol imposible de un Pastor.

Y el “Vamos Ciclón vamos / ponga huevos que ganamos”. Pero era de esos partidos que no alcanzaban los huevos, solamente. Que hay que estar tocados por la varita mágica de los distintos, de esos tipos que pueden abstraerse de lo que todos piensan y sienten y hacer la diferencia sólo porque no se dejaron llevar por el destino. Una gambeta al destino había que hacer, sólo eso. Que no podía ser que empatáramos ese partido. Que era imposible, viejo. Pero ahora lo imposible era ganarlo. Los caminos se cerraron para un equipo que no tenía quién frotara la lámpara en la telaraña de su propia impotencia.

La desazón fue grande cuando nos fuimos de la cancha con el viejo. Que si no les podemos ganar a ocho, once nos golean la fecha que viene. Pero nos equivocamos, como tantas otras veces. A ese equipo, pese a todo aguerrido, le sobraba voluntad y le faltaba un distinto que rompiera la paridad. De diecinueve juegos, empatamos catorce. Ganamos cuatro. Pero sólo perdimos uno.

LOS FORZOSOS DE ALMAGRO EN 1991

El fútbol es un estado de ánimo, dijo el Bambino Veira una vez. Por eso será que lo queremos tanto los cuervos. Porque nada describe mejor ser de San Lorenzo que eso. Un estado de ánimo a prueba de balas, de sinsabores, de prácticamente todo.

Cancha de Vélez. San Lorenzo era local en el Amalfitani. Ese día, recibimos a River. Garantía de no pasarla bien. O sea, en ese momento era enfrentar a un equipo que venía de ser campeón, con experiencia, con un combinado de voluntariosos. Era River contra Los Forzosos de Almagro, de verdad, en el año 1991. Como resucitando el viejo espíritu de potrero, de empuje, de huevos. Dirigidos por el Nano Areán. Contra un equipo que era mejor en todo sentido. Que era superior por donde se lo mirara. Un partido entre la voluntad y la superioridad manifiesta del rival.

Que esta tarde cueste lo que cueste, cantaba la fiel hinchada cuerva. Y claro, porque todo costaba. El canto graficaba la situación de un equipo casi que huérfano de fútbol. Que andaba a los ponchazos, pero andaba. Porque ese año veníamos persiguiendo al Boca de Latorre y Batistuta. Ese equipo azulgrana que con un gran esfuerzo podía ganar, porque son once contra once. Pero que no podía florecerse, porque para eso hay que tener tipos que jueguen. Que eran jugadores limitados pero que no se iban a ir sin dejar la última gota de sudor. Los abanderados del medio luchador eran Fabián Carrizo y Gustavo Matosas.

Pero ¿la voluntad puede vencer a la superioridad manifiesta del otro equipo? La actitud y la entrega ¿son suficientes para ganar? A ese equipo la gente le pedía huevos, claro. Y el equipo cumplía. Juego casi no había, no era que no querían. Casi que solo en el desierto, intentaba jugar el número diez Leo Rodríguez.

El partido arrancó con primacía de la voluntad, con un San Lorenzo que primero equilibró el dominio inicial de River, y luego comenzó a intentar atacarlo. Que las cosas parecían hacerse por partes, peleando posición a posición, en una lucha individual y colectiva para superar al rival por fuerza, por espíritu más que por fútbol. Ganando metros de a poco como en el rugby, atacó San Lorenzo por izquierda, cruzando luego la pelota el Sopa Aguilar para la entrada de la Chancha Rinaldi. Ya no era el jugador que impresionaba con su habilidad y juventud en los inicios de los 80, cuando deleitó a los cuervos en el Ascenso a Primera y en el subcampeón del 83. Era un jugador ya entrado en años, que no había perdido la calidad pero no tenía la frescura de sus años mozos. Soldado de mil batallas, le llegó la pelota justo para cabecearla. Rinaldi elevó su brazo como para protegerse de la salida del arquero Miguel, pero el impacto fue con la cabeza. Gol de San Lorenzo, y lo gritamos en la tribuna con todas las fuerzas. Nos abrazamos en el grito de gol, como en cada emoción cuerva. Estábamos con el tío Horacio y los primos Martín y Diego. Que cada gol había que gritarlo como si fuera el último, que al equipo le costaba tanto. No eran toques fluidos en mitad de cancha, era como un equipo carpintero, que martilla y martilla hasta quebrar la resistencia rival. Más por insistencia que por un acto de lucidez.

Terminó el primer tiempo. La tribuna era una fiesta. Nos cantaban los visitantes “que el que no salta se fue a la B”. Y les respondíamos los cuervos con la música de Vení Raquel, de los Auténticos Decadentes: “Las Gallinas son así / son los amargos de la Argentina / cuando no salen campeón / esas tribunas están vacías”. Empezó el segundo tiempo.

Lo dicho, River tenía mejor equipo. Y perdiendo, comenzó a apretar, a adueñarse del partido. Jugaba mejor. Pero no podía terminar

de quebrar a esos locos que los perseguían por todos lados. Pero era más River, despuntaba Juanjo Borrelli, el Yaya Rossi, el uruguayo Da Silva y Medina Bello.

Tenela, Chancha, implorábamos los hinchas. Llevátela a tu casa si podés, Leo Rodríguez. Pero no podían, claro. Y empezó a predominar River, carajo. Y se sucedían los ataques. Hasta que empataron con un gol de J.J Rossi. Y la puta madre, nos miramos con el tío y los primos en la tribuna. Nos invadía el sudor, como al equipo en la cancha. Nadie se atrevía a decir que River era superior pero lo sabíamos. Enarcábamos las cejas, levantábamos los hombros, como diciendo y bueno. Pero el equipo la seguía peleando allá abajo, y empató el partido.

“Que los partidos se ganan dentro de la cancha y acá en los tablonés”, cantó la hinchada. Una unión entre los hinchas y los jugadores, sabiendo que la resistencia se hacía en común. O se sucumbía. Pero nada. Que los de afuera son de palo, dice el viejo proverbio. Y así fue. En el mejor momento de San Lorenzo, el Mencho Medina Bello nos metió un gol empujándola tras un desborde del Yaya Rossi y dando vuelta el partido a poco del final.

-Nos hubiéramos quedado mirando una película, solía decir el tío Horacio cuando la cancha devolvía lo que ya sospechábamos desde un principio, una derrota con River. Que ya había alquilado una en VHS, y se ocupaba de leernos las traducciones para que no perdiéramos detalle. ¿Para esto vinimos? Como resignándonos a lo evidente, que siempre era cruel la realidad con San Lorenzo, que íbamos ganando, que nos empataron, que lo teníamos mejor, que lo perdemos.

Fue la primera vez que el equipo de abajo, los jugadores, parecieron tirar la toalla. En el saque del medio luego del gol de River, a los 40 del segundo tiempo, Rinaldi le pegó al arco desde ahí y el tiro

débil de tanta distancia terminó en las manos de Miguel. Era la aceptación de la derrota, de la desazón. Era decir vayámonos a la mierda, que no podemos aunque la peleemos, aunque los jugadores hayan sudado a mares como los hinchas para ganar ese partido. Era la resignación a la superioridad del rival, que lo que a nosotros nos había costado un tiempo del partido lograr, River en una ráfaga te lo daba vuelta, ni bien la voluntad de los forzosos enflaquecía o se quería tomar un respiro. Que no podés jugar los noventa minutos así, que las fuerzas te abandonan en algún momento si no tenés lucidez.

Pero nadie se movió en la tribuna, resistiendo estoicos aunque los jugadores parecían tirar la toalla con ese postrer tiro débil de la Chancha a las manos del arquero. Aunque sea por las dudas, nos quedamos los hinchas de San Lorenzo. Aunque más no sea para hacer el inventario de la derrota, y compartir quién tuvo más huevos en la adversidad. Y para dar el último aliento al equipo.

Entonces, foul. Tiro libre para San Lorenzo. Estaba a cuarenta metros del arco. Un centro a la cabeza, lo más lógico. Y que la peinara alguien, el Pepe Céliz o Ballarino para llevarse aunque sea un poroto. Pero si hasta los centros estaban saliendo mal, con las fuerzas físicas que habían abandonado a los jugadores. La acomodó Flavio Zandoná, un número cuatro de pelo largo, morocho. Mucha distancia. La camiseta bañada en sudor por el calor y el esfuerzo que no daba premio. Le pegó Zandoná. La pelota viajó fuerte en una trayectoria larguísima casi que dibujada con escuadra, que si no, no hubiera entrado. Se clavó en el ángulo superior izquierdo del arquero Miguel. El grito de gol casi derrumbó la tribuna azulgrana. Nos abrazamos con el tío Horacio, Martín, Diego y con cualquier otro desconocido que teníamos cerca. Que una alegría así hermana con todos. La alegría de saber que, a veces, la voluntad tiene premio. Y que hay que pelearla hasta el final, siempre.

UN JUEGO DE AZAR

Ya me tenía cansado mi amigo Miguel hablándome de Boca. Que el Beto Márcico, que Villita el número 5 la rompía, que Juan Simón era impasable en la zaga. Y ni que hablar del Mono Navarro Montoya, el heredero de Gatti. A ese lo agranda el periodismo, le decía yo provocándolo. Y le retrucaba que él no había visto al Beto Acosta y al Pipo Gorosito. El asistidor y el goleador infalible. Que Pipo tenía la cancha en la cabeza, que era un fenómeno. Y Fabián Carrizo, el 5 gladiador nuestro no tenía nada que envidiarle a Villarreal. Y así podíamos discutir eternamente. Hasta que llegó la hora de la verdad. Que en la cancha se ven los pingos.

El tío Arturo sacó entradas y le dije a Miguel que me acompañara, a la tribuna cuerva por supuesto.

-Venite de civil, le dije a mi amigo. Teníamos como antecedente que nos habíamos agarrado a piñas frente al televisor de mis viejos, cuando le grité a Miguel el empate del paraguayo León en la cara en el torneo 89/90. Pero ya estábamos más sosegados.

Fue en cancha de River. Séptima fecha del Apertura 92. Tarde de sol. Boca venía primero invicto, candidateándose al título. San Lorenzo lo seguía ahí, a un punto. Ocasión inmejorable para bajar al cuco y tomar la punta del campeonato. Era algo así como un partido bisagra, casi en mitad del campeonato, entre dos de los mejores equipos. De un lado, Gorosito y Acosta. Del otro, el Manteca Martínez y Márcico.

Un partido del que no recuerdo tanto porque los veintidós protagonistas eran un manojito de nervios. Por lo mucho en juego, claro. Partido en que predominaron las defensas y los mediocampistas luchadores. De un lado, Villarreal y Giunta. Del otro, Fabián Carrizo y J.J Cardinal. Parejo el partido, un cero a cero clavado. Aburridísimo, casi que no había situaciones de gol.

-¿Y dónde está Márcico? ¿Está jugando?, lo cargaba a Miguel. Y él, despacito para que no lo escucharan: ¿Y Gorosito?

Nada, de esos partidos que vuelven inútiles los antecedentes, que los jugadores dan su peor cara, casi irreconocibles. Las expectativas infladas por el periodismo y la realidad concreta de un fútbol pobre, lleno de miedo. Porque no podés jugar bien si tenés miedo a perder. Y eso parece que era lo que se jugaba esa tarde, en que fui con el amigo hincha de Boca a la tribuna del ciclón. Que era una fiesta la cancha, esa tribuna recordando la paternidad que nació en 1931, hace tanto. Pero había que ganar ahí, para tomar la punta. Ninguno de los dos se animaba. Ellos llevaban once años sin títulos, nosotros dieciocho. Parecía que los veintinueve años acumulados inhibían a los protagonistas, temerosos de nuevas frustraciones.

Hasta que el partido, de repente, se rompió. Minuto 77, a trece del final. Pipo, el genio de Boedo, el que tenía un guante en el pie derecho viejo, porque eso era un guante, no un pie, tomó la pelota en la derecha del mediocampo, pegado a la línea lateral. Tuvo tiempo de pensar, y si le dejabas tiempo para eso el Pipo te podía pintar la cara. Sacó un pelotazo de treinta metros con una precisión imposible para las personas normales, lanzar una pelota desde tanta distancia para que caiga por atrás de Soñora, al pecho del Beto Acosta. Pecho de almidón, que la bajó y la dejó ahí pegada casi al cuerpo para rematar de derecha. Para fusilar al payaso que le decía a Miguel que era Navarro Montoya. El Beto acomodó la pelota, arqueó sus brazos, la dejó picar y remató casi que entrando al área chica. Era la jugada que Boca debió marcar en los anteriores 76 minutos pero no pudo en esa ocasión, porque te descuidás una vez y te la podía mandar a guardar esa dupla. Le pegó el Beto Acosta bien, con fuerza, fusilando al arquero, que no tenía ninguna reacción posible ni uno ni cinco Navarro Montoya que pusieran ahí. Que era gol aunque pusieran el

micro delante del arco. Pero la pelota dio en el parante izquierdo, viejo. Y el ruido de la madera se escuchó en el silencio de tensión que reinaba en el estadio. Uhhhhh. Sí, no saben cómo quise gritar Gol y tuve que gritar Uhhh.

Porque cuando uno piensa por qué el Pipo no fue campeón en San Lorenzo, quizás debamos responder porque esa pelota no entró. Por diez centímetros más adentro que le hubiera pegado el Beto, y era palo y gol. ¿Qué son diez centímetros? La mitad del largo de la regla que usábamos en la primaria, dejame de joder. Fue la moneda lanzada al aire. Cara, dijeron Pipo y Beto. Y salió ceca. Aunque se hayan entrenado y estado a la altura de las circunstancias, porque si no hubieran perdido cuatro a cero. No, esos instantes en que se define a suerte y verdad y ya no depende de vos, de lo que hiciste y de lo que no. Que depende de eso que algunos llaman suerte. Pegó en el palo, viejo. Y con el tío Arturo nos tomamos la cabeza mientras Miguel respiraba. Pero eso no fue todo. El empate nos dejaba vivos en la pelea por el campeonato.

Pero ese día fue una novela dramática que duró treinta segundos. Uno va a ver noventa minutos, pero un partido puede definirse en medio minuto. Porque en esa misma jugada, que ni se fue la pelota porque el rebote en el palo la dejó viva, se hilvanó un ataque de Boca. Entró el Manteca Martínez al área y lo atoró bien Labarre. Le quedó a Villarreal, que le pegó al arco. La pelota dio en el palo, sí en el palo, pero este día hasta los palos jugaban para ellos. Porque el palo izquierdo del arco de Labarre asistió a Cabañas, que la empujó al gol.

Mi amigo Miguel levantó los brazos calladito, manteniendo las formas para su propia sobrevivencia. El partido y el campeonato se escurrieron por los caprichos del destino. Nunca más hablé con Miguel de ese partido. No porque mi amigo fuera un caballero ni un tipo de códigos solamente. Tal vez porque los dos supimos que eso

fue casi un empate de un juego de ajedrez. Que se resolvió como cuando jugás a la perinola, a las carreras o a cualquier juego de azar. Cayó de un lado, pudo haber caído del otro.

1994. EL DÍA EN QUE NO PODÍAMOS PERDER.

Hay partidos que no se pueden perder. Uno de esos, fue ahí en el Monumental, el 24 de julio de 1994. Cancha que fue siempre fetiche y maleficio para San Lorenzo. Jugando bien, mal o más o menos, la mayoría de las veces nos vamos derrotados. Ese día no, ese día la historia no podía volver a repetirse. Estaba con el tío Arturo, el que me hizo de San Lorenzo, y mi viejo. A mí me había quedado grabada una frase del tío unos años atrás, en esa misma tribuna situada como a doscientos metros de la cancha por la dimensión monstruosa de la pista de atletismo. Mi tío no veía un carajo de tan lejos, y se ajustaba los anteojos, un poco empañados ese día luego de que una media vuelta fulminante de Ramón Ángel Díaz liquidara el partido. Se levantó en la tribuna, observando el estruendo del grito de gol del Monumental, y aunque siempre fue un tipo tranquilo prometió venganza:

-Ya vamos a tener un equipo que te gane River. Un equipo que te humille acá – masticaba bronca el tío diciendo su amenaza, que era casi una imploración al cielo.

Pero ese día no se podía perder, viejo, por una sencilla razón. Que la profecía, aunque sea en parte, parecía cumplirse. No porque tuviéramos un equipo. Sólo un jugador. Brasileño. Paulo Silas venía tocado, recuperándose de una lesión. Ingresó en el segundo tiempo, con el marcador en cero. La primera pelota que tocó fue en la mitad de la cancha. Fue para adelante, al principio medio tosco como delatando la falta de rodaje después de la lesión. Casi que se tropezó con la pelota pero la llevaba ahí, cerquita del pie. Dos, tres jugadores se tiraron para frenarlo, Silas siguió. No había opciones de pase, él parecía intuirlo. La zaga central riverplatense apretó y el brasileño se escabulló con una gambeta corta y elegante. Todos desairados, casi medio equipo de River en el piso. El malabarista de la pelota

bordeando el área grande. Pegale, imploramos todos en vilo. Esos momentos en que los hinchas piensan al unísono fusílalo, matalo, por favor. Pero el artista tenía pensada una pincelada bella, le pegó con cara interna elevándose la pelota en una pequeña emboquillada que evitó la estirada de Sodero entrando cerca del ángulo superior izquierdo. Mientras Silas iniciaba la carrera del festejo corriendo paralelo a la línea de fondo, medio equipo de River recién se estaba incorporando, levantándose de la humillación.

La tribuna visitante explotó. Gritamos el gol como locos con el viejo y el tío Arturo. Viejos reveses pasados parecían redimidos por semejante golazo. Debió haber terminado ahí el partido. Congelar ese instante con Paulo besándose la azulgrana paseándola por el Monumental desatando la fiesta cuerva y el silencio de los locales. El árbitro debió haberlo terminado, y regalado la pelota a Silas. Pero no. Esto era y es San Lorenzo. El partido siguió. De cabeza tras un córner, empató Cedrés.

Ya era injusto irnos con un empate luego de semejante golazo. Pero había más. En el minuto 49 del segundo tiempo, River lanzó el último córner. Un juvenil de San Lorenzo, Cristian García, saltó mal y la pelota le dio en la mano. El árbitro no dudó. Penal. Penal y termina, dictaminó cuando observó el cronómetro.

Hay partidos que no podés perder, viejo. Yo me imaginaba volviendo a casa cabizbajo, tardando en tomar el 15 que no se detiene cuando se abarrota de gente la Avenida Libertador. Les iba a contar el gol a mis amigos, y pensaba en sus caras burlonas, diciéndome qué lindo gol, pero perdieron. Una cosa era perder un partido en que no habías hecho nada. Pero ese gol no podía perder, la obra de un artista no se merecía el barro de la derrota.

Pero ahí estaba la derrota, a un paso. A doce pasos. La acomodó Cedrés, el que ya había hecho la injusticia de empatar el partido.

Perder hoy no, pensaba yo. Y buscaba al tío Arturo y al viejo, pero no les encontraba la mirada. Todos los ojos apuntaban ahí abajo, como a trescientos metros de distancia, en el arco de enfrente que daba a la popular local. Hasta un loco de la barra, al que le decíamos Tarzán porque estaba siempre colgado del para-avalanchas y no miraba el partido, se bajó a ver ese momento. Perdamos el próximo partido quince a cero, pero este no lo podemos perder, pensaba mientras Cedrés tomaba carrera. En el arco, Oscar Passet era algo así como la única esperanza. Le pegó el uruguayo. Passet se quedó en el medio del arco, y la pelota rebotó en una de las rodillas del arquero y voló hasta la mitad de la cancha. El alarido de los cuervos estremeció el Monumental. Fue alegría y fiesta azulgrana, el día en que no podíamos perder.

TANTO CABEZAZO PARA TAN POCO CENTRO

Con mi viejo Rafa, tomamos un taxi en avenida La Plata, que nos dejó en el Nuevo Gasómetro cuatro horas antes del partido. La cola de ingreso a la tribuna era tan grande sobre Perito Moreno que llegaba a la intersección con Varela. Tan larga era la fila como la espera por un título después de 21 años. Paciencia de hierro la del viejo ese día, que se había hecho de San Lorenzo por el hijo. Cuatro horas antes del partido, sin encuentro de Reserva, en la fila eterna hacia la cancha. Recibíamos a Boca. Tanto antes fuimos, pero al entrar a la cancha sólo pudimos subir un puñado de escalones en la popular tan colmada de gente.

Ya nos habíamos acostumbrado al temblor del cemento del Nuevo Gasómetro, que se había inaugurado dos años antes. El cemento vibraba como en una suave oscilación, casi como si fuera una colchoneta inflable.

-Es el juego de la estructura, me había dicho un hincha al lado mío, que no tenía pinta ni de ingeniero ni de arquitecto. La cancha se sacudía y uno casi que temía una explosión que en cualquier momento indicara que la estructura había cedido, que se desmoronaba.

Sobre todo cuando todos entonábamos el “Hay que saltar / hay que saltar / que el que no salta / es de Huracán”. O “El que no salta es un bostero”, de esa tarde noche. Pero a uno ya no le importaba nada, que si había que quedar bajo escombros hubiéramos saltado igual con el viejo ese día.

Fecha 16 del Clausura 95. Partido bisagra, con Boca en el Nuevo Gasómetro. Que venía arrimando, buscando la última posibilidad que le quedaba de prenderse en la pelea. Que nos quería bajar de la punta. “Que este año, se van de caravana / con Tinelli a la concha de su hermana”, cantaban los bosteros en alusión a la anunciada caravana a Luján en caso de darse el título. Y los cuervos le respondíamos:

“Podrán pasar mil años y no salir campeón / prefiero ser un cuervo y no amargo como vos”. O que San Lorenzo es un sentimiento, que no se explica, se lleva bien adentro. Y que hijos nuestros morirán, claro. Partido tenso, peleado. De ida y vuelta, con no tanta claridad de ninguno de los dos equipos. Pasaron tantos años de ese partido. Recuerdo tres jugadas. El tiempo pasaba y seguía cero a cero. Y nos alcanzaba Gimnasia. Así terminó el primer tiempo, y uno tenía la sensación de que el equipo no había hecho todo, que tenía que quebrar esa paridad que nos complicaba el campeonato, que eran dos puntos seguros, refrendados por la historia.

Segundo tiempo. Y el tiempo seguía pasando, partido muy disputado y con aproximaciones muy poco claras. Y lo cerca que lo teníamos ahí a Navarro Montoya, el guardameta xeneize. Y quedaban quince minutos para terminar.

Tiro libre para San Lorenzo, cerca del área. Habíamos tirado dos millones de centros sin ningún resultado. ¿Qué hacía uno más? Los diarios del lunes dijeron que Paulo Silas tiró un centro magistral, pero los periodistas, como descubrimos cada vez más a menudo, a veces mentían y siguen mintiendo. ¿Era un centro bueno una pelota que le llegó a Biaggio a un metro del piso? Y peor, de espaldas al arco y sobre el borde del área grande poblada de jugadores. Fue un centro de mierda y hay que decirlo en obsequio a la verdad histórica. De esos centros que eran para que cabecearan las serpientes, las cucarachas. Si el Pampa se hubiera quedado inmóvil, le hubiera dado en la entrepierna y lo perdíamos para el resto del partido, por más que hiciera las consabidas flexiones. Pero Biaggio se movió, por suerte. Imaginemos la escena. El tipo se tiró de cabeza a buscar el centro para las cucarachas, de espaldas al arco. Se tiró que parecía un defensor de Boca y si le hubiera rebotado en la frente se venía un contraataque de la gran siete. Pero el tipo giró el cuello. Lo

giró 360°, viejo. Si yo hubiera hecho lo mismo, salía de la cancha en silla de ruedas. Pero el hombre lo pudo girar, y en esos momentos ya no importaba si se desnucaba, que eran 21 años viejo en la mochila, que tenías que dejar todo. Impactó de cabeza el Pampa y la pelota entró arriba, en el primer palo, inatajable para Navarro Montoya. El estadio explotó. Nos caímos a la mierda con el viejo y terminamos más abajo todavía, casi al ras de la tierra del terreno de juego. Y venían los ataques de Boca, que los veíamos allá lejos y no sabíamos desde nuestra visión horizontal quién llegaba primero, si el atacante de ellos o el defensor nuestro.

Y entonces, en una de esas jugadas, de esos ataques, le quedó a Walter Pico en el área y me quise morir porque el tipo le pegó bien, fuerte, rasante, abajo, a la ratonera. Y el Flaco Passet medía casi dos metros. Vi el gol anunciado y al Flaco poniéndose horizontal. Y la sacó con la garra derecha, como arañándola, desviándola con lo justo, con lo último. Que todos recuerdan la atajada de Banks a Pelé, pero para mí la atajada por mucho tiempo fue la de Passet a Pico. Atajada que valía un triunfo, un campeonato. La vi a ras de la tierra y la supe imposible.

La tercera jugada, por supuesto, fue de contraataque, fiel al manual del Bambino. Contraataque ofensivo, decía él cuando lo indagaban sobre el estilo de juego de ese San Lorenzo. Se la llevó el Perro Arbarello, que la hizo rebotar como en los picados contra la pared de los centrales de Boca, y el tipo por más que fuera derecho, le pegó de zurda y la pelota entró en el ángulo superior derecho de Navarro Montoya. Golazo, partido liquidado. Segunda explosión. El Bambino lo festejó a la carrera como un hinchita más. Con el viejo nos quedamos sin voz y sin piernas.

Siete horas parados, al borde del precipicio emocional siempre. Nos fuimos contentos con esa multitud cuerva inundando de cantos la Avenida Cruz, rumbo a Avenida La Plata.

UN PARTIDO ESCINDIDO

Todavía supuraba la herida por la derrota de la semana anterior en cancha de Vélez. El cabezazo del Turu Flores nos había hecho perder la punta a manos de Gimnasia y Esgrima de La Plata, el equipo de Griguol. A San Lorenzo solo le podían pasar esas cosas, porque díganme cuándo habían peleado un campeonato los triperos.

Anteúltima fecha del Clausura 95. El rival era Lanús. En Caballito, Gimnasia visitaba a Ferro. El primer tiempo mostró el predominio azulgrana. Jugaba bien San Lorenzo. Un equipo que sólo repasar los nombres lo volvía explicable. Paulo Silas, el Conde Galetto, el cinco que nunca le vi perder una pelota. Dinámica en Netto, desborde en el diablo Monserrat. Y el gol estaba al caer, y de Caballito no había novedades. Todo estaba cero a cero, allá y acá. Entonces, tras una buena combinación con el Pampa Biaggio, Paulo Silas quedaba mano a mano con el arquero y lo bajaron en el área. Penal. Y andá a saber si en esos momentos se estudiaban los ejecutores de penales, porque este jugador le pegaba siempre igual. Fuerte, arriba y al medio. Le pegó Netto y fue gol, con esa receta infalible. Que no sabía patear de otra manera parecía y yo me preguntaba cómo carajo hacía para repetir una y otra vez lo mismo. Terminó el primer tiempo, y San Lorenzo alcanzaba a Gimnasia, que no podía con Ferro en Caballito.

En el segundo tiempo, fue otro cantar. Pocas veces volví a ver algo así, y con esa misma intensidad. La hinchada y el equipo, es decir San Lorenzo entero, se escindió. Quiero decir, la hinchada se puso la radio en la oreja inquiriendo las novedades de Caballito. Se hacían pequeños grupos rodeando a los que llevaban una portátil pegada a la oreja. Les tratábamos de adivinar en el rostro lo que pasaba allá, en medio del kilombo de la cancha. Había como mini reuniones o asambleas, y murmullos. Que seguía cero a cero. Como siempre,

pendiendo de un hilo. Que Gimnasia no podía. Que Ferro aguantaba, con el planteo mezquino de siempre. Casi que todos nos olvidamos por unos momentos del partido que seguía ahí abajo nuestro. Pero lo más preocupante no fue eso, porque los de afuera son de palo, dice el viejo adagio futbolístico. Lo curioso, lo terriblemente peligroso, fue que el equipo jugó con la radio en la oreja, del 2 al 11. Porque el 1, el Flaco Passet, sí que atajó. Obnubilado el equipo, como pidiendo que el estadio gritara un gol tranquilizador pero no de nuestra cancha, sino de Caballito. Todo pendía de un hilo. Para colmo, a los pocos minutos corrió la noticia infernal. Gol de Gimnasia. ¿En serio?, le pregunté a uno que tenía la portátil. Y la puta que lo re mil parió. A Esteban Pogany, allá en Caballito, se le escurrió por debajo del cuerpo un tiro de Lagorio.

En el campo de juego, Lanús comenzó a crecer, a jugar mejor. También, a merecer largamente el empate. Dominio territorial, agresividad, toque. San Lorenzo seguía jugando con los auriculares. Empezaron a errarse goles el Tapita García y el Pájaro Juárez. Por suerte el Flaco Passet estaba bastante atento, y conmovía verlo arrojar a evitar esos goles hechos. Que por una cosa o por la otra no entraban.

Que termine acá ya, pensaba yo. Pero no en Caballito. Que se pudiera escindir el tiempo, terminándolo acá el partido y que jugaran cuatro días en Caballito, hasta el empate de Ferro. Era inexplicable, costaba entender cómo Lanús todavía no había empatado.

Entonces, ocurrió un instante límite, en medio del estado de sopor en que se encontraba el equipo. Un envío cruzado hacia el área de San Lorenzo. La pelota sobró a los delanteros de Lanús. Fue directo a la posición de Oscar Alfredo Ruggeri, caudillo y baluarte de la defensa. Lució desacomodado vaya a saber por quién, porque en realidad estaba solo. En ese instante, el campeón del mundo del 86 reaccionó

como si el cuerpo o la cabeza ya no le respondieran. Y mirá que había atravesado situaciones límite en su vida futbolística, dos finales del mundo. El Cabezón Ruggeri se elevó y cabeceó inexplicablemente la pelota hacia nuestro propio arco. Otra vez, la moneda al aire. La pelotita rebotando en la ruleta. Rojo o negro, o verde el cero. La pelota viajó en trayectoria directa al arco desguarnecido. El Flaco Passet quedó petrificado, como todos los hinchas de San Lorenzo. Era el derrumbe definitivo del sueño de campeón. Esos instantes que se resuelven por un milímetro, por un detalle. Los corazones volvieron a latir cuando la pelota pegó en el travesaño.

La hinchada azulgrana sintió el sacudón, los jugadores también. Todos se levantaron a alentar y tiraron la portátil a la mierda o ya no la escucharon más.

El estadio se levantó junto al equipo, que ya no estuvo escindido y siguió aguantando el resultado. Terminó uno a cero. Y en Caballito también. Quedaba una posibilidad, la última, el domingo siguiente. Cuando el árbitro lo terminó sentimos alivio pero no alegría, esa sensación grisácea, inexplicable, insuficiente. En ese momento, los genios de siempre de la tribuna, los que tiran poesía o rimas en cualquier contexto y circunstancia, cantaron: “No me importa Caballito / San Lorenzo da la vuelta en Arroyito”. Varios la coreamos. Caer, levantarse, volver a caer. Y levantarse de nuevo, que eso sólo depende de vos.

SE DIO

La situación no era fácil. San Lorenzo, después de haber encabezado casi todo el torneo Clausura de 1995 había quedado segundo tras Gimnasia, a una fecha del final.

Debía visitar Rosario en la última fecha, en el partido contra Central. El puntero lobo platense terminaría el torneo de local con Independiente, que venía de capa caída, que no le ganaba a nadie.

En ese momento, Fútbol de Primera acaparaba toda la audiencia futbolística, que el fútbol era codificado y si querías ver algo y no ibas a la cancha tenías que esperar que ese programa lo pasara y Macaya Márquez te lo comentara. Pero al Bambino esa vez lo entrevistó Adrián Paenza. No recuerdo lo que le preguntó en esa ocasión, y eso quizás sea un elogio a él. Que cuando una entrevista está bien hecha, se recuerda lo que dijo el entrevistado, que no era otro que el Bambino Veira, como ya dije. Que tuvo la habilidad, el sentimiento, la empatía de decir lo que todos los cuervos deseábamos escuchar.

Yo lo aguardé ahí frente a la tele, esperaba con ansias sus palabras de consuelo, que siempre le encontraba una salida a todo parecía. Pero lo que dijo no se podía decir si no se sentía, si no llevás a San Lorenzo bien adentro. No era alguien que hablaba de afuera, sino de adentro. Del sentir del hincha en ese momento. Otro hubiera dicho que la iban a pelear hasta el final, que confiaba plenamente en sus jugadores, que habían hecho todo y trabajado para ganar el campeonato.

El Bambino no dijo nada de eso cuando le pidieron que dijera unas palabras a los hinchas. Miró la cámara con el gesto dolorido. Él venía escuchando ese canto que le regalaba la gente desde hacía años “Miren, miren qué locura / miren miren qué emoción / ese es el Bambino Veira que vino a Boedo, para ser campeón”. Y se escurría parecía al final ese campeonato, como el del 83, que no ganamos por

un punto con un equipo que jugaba al ataque, que metió 69 goles en 36 fechas.

Que jugando bien o mal, siempre nos quedábamos en la puerta. Con un equipo ofensivo o con uno contraatacador, siempre pasaba lo mismo. Y Paenza entonces preguntó, y el Bambino habló. No dijo nada de protocolo. Simplemente dijo algo así como que “yo quiero veinticinco, treinta mil personas en Rosario. San Lorenzo se fue al descenso y está en Primera. San Lorenzo no tenía cancha y hoy tiene cancha. Yo quiero treinta mil personas en Rosario. Si se da, se da. Y si no, mala suerte”. No había más nada que decir. Ni la formación que tenía en mente, ni esas formalidades que decían habitualmente los técnicos para alejarse de la gente, para volverse tipos extraños que dominan una ciencia. El Bambino ahí habló como hincha.

Y ese día, siete días antes del final del campeonato, dio puntapié a la caravana interminable de la autopista que une Buenos Aires y Rosario. Que se convirtió en San Juan y Boedo, tanto fue así que por San Juan y Boedo los autos corrían más rápido. Este resurgir de San Lorenzo de las cenizas, esa capacidad encomiable para enfrentar la adversidad.

Mis tíos Arturo, Horacio y Ramón, que habían visto a los Matadores del 68, al bicampeón del 72 y al del 74, no me comentaban tanto de esos éxitos deportivos. Sí me hablaban de los Carasucias, que no habían sido campeones y del Gringo Scotta, ese goleador que cuando la agarraba de lleno los arqueros simulaban tirarse para evitar el gol, pero se cuidaban bien de poner la mano para que no fuera arrancada por el pelotazo. “Y al que no le gusta Scotta / que nos chupe las pelotas”, me recordaban el cantito los tíos.

Pero no me hablaron tanto de los éxitos deportivos como del descenso de 1981. El día en que San Lorenzo mordió el polvo contra Argentinos Juniors en la cancha de Ferro. El primer grande en

descender a la segunda división. Y me contaron de cómo la gente había asimilado el golpe, y la desazón se había convertido en la alegría de seguir al equipo en el ascenso, que fue una revolución. Que San Lorenzo recaudó más que todos los grandes jugando en la B. Que el clásico entre Boca y River del 82 había recaudado menos que un San Lorenzo vs Tigre del ascenso, en cancha de River.

Y me enseñaron una canción, que tarareaban los tíos a la perfección: “Y vamos, mi San Lorenzo / y ponga huevos que tenemos que ganar / esta es tu hinchada, te seguiré / a todas partes hasta volver a la A”. Y el final de la canción, más sabroso, acompañado de ese orgullo especial de no sentirse menos que nadie, aún en la desgracia. “Boca no me extrañes mucho / tampoco me extrañes Huracán / cuidensé nuestros hijitos / hasta que vuelva papá”.

El Bambino supo tocar esa fibra íntima de hacer de la situación límite una oportunidad, una proeza casi imposible pero digna. Que hay que morir de pie, que hay que pelearla hasta el final. Que estuvimos peor que en ese momento. El genio quería hacernos creer que era un juego de niños eso que estábamos atravesando al lado de haberse quedado sin cancha y descender. ¿De qué nos estábamos quejando?, pareció preguntar. Fue un bofetazo a los que dudaban, era un llamado a desafiar otra vez los imposibles. Era seguir creyendo, o no. Sucumbir acompañando al equipo. Como el capitán, que se hunde con la nave. Como un deber casi místico, que son cosas que no se pueden explicar con palabras. Qué se yo. La caravana empezó ahí, cuando el Bambino Veira sopapeó a la hinchada cuerva, la tocó en su fibra más íntima, e invitó a dejar de pensar en los hubiera, en los hubiese que no se habían dado hasta esa noche. Que era sólo pensar que había que jugar la última carta, en noventa minutos. Con el cuerpo ahí, con el corazón también ahí. Dejando el todo por el todo. Y con el

oído en la portátil. Porque a veces los milagros no dependen sólo de vos. Y si se daba, se daba. Y si no, mala suerte.

Y así se jugó la final en Rosario, con los treinta, cuarenta mil hinchas en la cancha, como pidió el Bambino. Si se daba, se daba. Y si no, mala suerte. El Pampa Biaggio encaró y Abbondanzieri salió a apretarlo en el borde del área grande. Gambeta larga muy abierta y el Pampa le pegó, y la pelota fue rumbo al arco vacío. Si se daba, se daba. Pero llegó el colorado Lussenhoff y se tiró al piso sacando la pelota sobre la línea. Uhhhhhhhhh, bajó de la tribuna santa. Y si no se daba, mala suerte. Que en La Plata, llegó el gol de Independiente, el de Mazzoni. Y el grito de gol se apoderó de todo Rosario. Que si se daba, se daba.

Y el segundo tiempo. Lo bajaron al Diablo Monserrat y penal para San Lorenzo. Netto siempre le pegaba arriba al medio. Pero ese fue arriba a la mierda. Y si no se daba, mala suerte. Y la hinchada azulgrana que se levantó a alentar a Netto, y la escena fue conmovedora porque era ovacionar al antihéroe. Veinte minutos lo estuvimos ovacionando. Que si no se daba, mala suerte. Que lo importante era cumplir con el Bambino y meter a cuarenta mil tipos y que se hundiera el barco con todos adentro. Que vino el centro de Silas y el Pampa Biaggio saltó con todo en el primer palo. Pero la pelota la cabeceó el inmortal Gallego González, y entró en el segundo palo. Delirio. El Bambino llorando. Faltaban quince minutos. Si se daba, se daba. Centros y centros allá en La Plata sobre el área de Independiente. Y en 15 minutos podía pasar cualquier cosa. Y si no se daba, mala suerte.

Pero se dio. El campeonato después de 21 años. La alegría incontenible invadió la cancha convertida en tierra santa. Arrodillados, besando el suelo, muchos llorando. Se dio, y si no se daba carajo mala suerte. Pero se dio.

NI LA PATADA DEL FINAL

Nos estábamos comiendo un baile en el Amalfitani en la jornada 17 del Clausura 1996, algo que era bastante habitual desde que Carlos Bianchi dirigía a Vélez. En ese momento, ya no estaba y dirigía Piazza pero era más o menos lo mismo.

Con el equipo dedicado a la Copa Libertadores, la magra cosecha azulgrana en el torneo local estaba asegurada. Se jugó a la noche, y cada vez estaba más oscuro el partido. Cada contraataque de Vélez era medio gol, y para colmo pateaban hacia el arco debajo de la hinchada de San Lorenzo. Que veíamos de cerca cómo Passet y los defensores que volvían infructuosamente se las ingeniaban como podían para que el asunto no terminara en goleada. El partido había empezado de ida y vuelta, y un pelotazo del Perro Arbarello lo había dejado parado a Chilavert pero pegó en el palo. Inmóvil había quedado el paraguayo, y lo salvó el parante, que no lo podíamos creer con los amigos que fuimos a ver el partido.

“Ahí está/ahí lo ve / al paraguayo que le dimos de comer”, le cantábamos al engreído portero velezano. La enemistad entre la hinchada cuerva y el arquero había empezado unos años antes, y yo lo sé porque estaba en la cancha. Salieron los equipos y el paraguayo Chilavert se acercó al arco que daba a la parcialidad azulgrana, el día que nos vencieron con un gol de Walter Pico en el Apertura 93. Me lo acuerdo clarito, que cuando se acercó a su meta recibió aplausos de los cuervos, y hasta yo lo habré aplaudido. Era el reconocimiento al arquero de los Camboyanos, el subcampeón de la temporada 87/88 detrás de Newells. Si en esa época, cuando defendía la azulgrana, le cantábamos: “Que lo vengan a ver / que lo vengan a ver / no es el Loco ni el Pato / es el famoso Luis Chilavert”. Si lo habremos cantado los cuervos.

Ese día, en que lo enfrentábamos por primera vez en el Amalfitani, hubo en esos instantes iniciales respeto y reconocimiento. Si hasta levantó la mano cuando recibió los aplausos. Duró cinco minutos, o menos. El Negro Benett, en una de las primeras jugadas, con ese cuerpo más de físico culturista que de jugador de fútbol, quebró a un pibe de Vélez, Acevedo. Irían cinco minutos, no más. Chilavert salió hasta la mitad de la cancha con gestos ampulosos, reclamándole al árbitro la sanción. Que era justo el reclamo no cabía la menor duda. Pero lo que molestó tal vez fue la vehemencia del pedido, la comprobación empírica, palpable de que el tipo definitivamente había adoptado la camiseta de Vélez. Y con toda la grandilocuencia y la actuación propias de ese tipo histriónico, soberbio. Y para colmo, perdimos uno a cero. Y nos fuimos re calientes porque Chilavert gozó del triunfo como un velezano más. E incluso más. Y ahí la cosa se fue pudriendo definitivamente. Que otra vez, mientras se llevaban un mugroso empate del Nuevo Gasómetro, cuando terminó el partido luego de un último ataque azulgrana desperdiciado, miró la tribuna y nos hizo el pulgar para abajo. Y el racimo de puteadas bajó instantáneo, y le empezaron a tirar objetos poco contundentes que los hinchas tenían a mano.

Hacerse odiar era casi un deporte para José Luis Chilavert, que gozaba de su particular megalomanía. Y razones tenía, que atajaba bien, que metía goles de tiro libre, que salía campeón. Y bueno, había que aguantarlo.

Imagínenselo esa noche del Clausura 96, en que el partido ya lo había desequilibrado Vélez, roto con las corridas del Cholito Posse y un Turu Flores imparable. Que cualquiera de los dos que arrancara era lo mismo, eludían a nuestros defensores en retroceso como conitos. Y la temperatura fue subiendo y más cuando el marcador se fue ampliando. Uno a cero, dos a cero, tres a cero. Descontamos con

el tres a uno. Y quién te decía si le metíamos otro más y a la carga Barracas. Pero esa película ya la había visto, y vino la contra y el Turu Flores sacó un tiro bajo para definir, para poner el cuarto y desatar el goce de los velezanos.

Ahí estábamos los cuervos aguantando estoicos lo que devolvía el campo de juego. Y menos mal que Chilavert estaba allá lejos en el otro arco, que si no nos hubiera gritado todos los goles en la cara, golpeándose el pecho, arrodillándose de cara a nuestra tribuna, haciendo el pulgar para abajo, levantando el dedo mayor, lo que se le pueda al lector llegar a ocurrir. Menos mal que estaba allá, que ni con binoculares lo hubiéramos podido ver. Que festejara allá con los suyos, ese equipo grande de Copas pero flojito de gente, campeón del mundo que no llenan la popular.

Pero hay que reconocer que el tipo era un grande. Un provocador inaudito, que siempre buscaba la posibilidad para hacerte calentar, para hacer hervir la sangre de toda una hinchada aunque sea de lejos. Y la ocasión llegó. Un ataque de San Lorenzo buscando el gol del honor, que eso era lo que quedaba, salvar la ropa apenas. Y la pelota que le quedó larga a Netto. Y salió Chilavert, que la pudo haber agarrado con las manos en el borde del área grande. Y salir con un pelotazo a ras del suelo para el quinto de Vélez. Pero no. Salió jugando fuera del área, por supuesto que sobrando totalmente la situación. Y el clima que ya estaba bastante caliente explotó. La gota que rebalsó el vaso de todos nosotros, cuervos de corazón, en el Amalfitani. Y varios vimos rojo en el Amalfitani, no sólo Ruggeri. Que el Cabezón abandonó la posición de zaguero central izquierdo volviendo para evitar la contra y fue ahí a enfrentar a esa especie de alter ego. Que su carrera fue la más veloz que le vimos o creímos ver en años.

Les puedo asegurar que absolutamente ninguno de los hinchas que estábamos ahí pensamos en que Ruggeri le quitara la pelota a

Chilavert y convirtiera el gol del honor.

Se arrojó el Cabezón con las dos piernas hacia adelante a consumir el desquite, pero no le dio de lleno. Segundos después, Ángel Sánchez sancionaba con una tarjeta amarilla esa tentativa de homicidio. Pero el Cabezón seguía viendo rojo, y el Bambino ordenó el cambio. Ruggeri se acordó de todo el árbol genealógico de Veira cuando pasó junto al banco de suplentes, ese día en que no salió casi nada, ni la patada del final.

NO SE DIO

Copa Libertadores 1996. Cuartos de final con River. Partido de ida, en el Nuevo Gasómetro. Para algunos, una final anticipada. Así lo dijo el Cabezón Ruggeri después, que el que ganaba ese cruce se iba a quedar con la Copa.

-Vamos a la cancha juntos - me dijo mi amigo Javier, hincha de River.

-Perfecto, pero a la tribuna del Ciclón – le dije yo. Aceptó y fuimos.

En su puta vida habrá visto un recibimiento como el de ese día cuando salió San Lorenzo a la cancha. En ese momento, todavía valían los papelitos, las bengalas, los tres tiros y las serpentinas. Fue una fiesta cuando el equipo salió al campo de juego, y hasta Javier me miró sorprendido aunque nunca lo fuera a reconocer. Porque jamás se le ocurriría aceptar los méritos del rival, en una regla no escrita en cuestiones de duelos tan trascendentales.

Y el estruendo de la salida del equipo fue conmovedor, al ritmo del Tractor Amarillo, que “San Lorenzo es un sentimiento / no se explica, se lleva bien adentro / y por eso, te sigo adonde sea / yo soy cuervo hasta que me muera / Dale Sanloré / Dale Sanloré”.

Y salió el equipo, que venía de golear en el Centenario a Peñarol. Passet; Escudero; Arévalo; Ruggeri; Manusovich. Una defensa experimentada y luchadora, que cuando tuviera que agarrar la lanza e ir al ataque también lo podía hacer.

Montserrat; Galetto; Netto y Silas. Mediocampo con dinámica y juego. Y arriba, dos goleadores, el Pampa Biaggio y el Gallego González. Y el Bambino Veira. Que era un equipo para romper el embrujo de la Copa. Pero enfrente había también nombres que hablaban por sí solos. Francescoli, Crespo, Ortega, Almeyda, Astrada. En el arco, el Mono Burgos.

Uno recuerda algunas jugadas de ese partido. En los primeros minutos, Ruggeri lo perdió a Crespo, que era la escena tan temida, que sus treinta y pico de años que llevaba encima no pudieran con la velocidad y juventud de la delantera de River. Y pasó, porque Ruggeri lo perdió o la defensa salió mal al offside. Pelota picando, y Crespo la tiró por arriba del Flaco Passet, que había salido a achicar y quedó a mitad de camino. Javier no dijo nada, pero levantó los brazos. Luego, hizo que se tomaba la cabeza como varios en la tribuna. Uno a cero.

Pero el fútbol siempre da revancha, ese latiguillo tan mentado, que a veces se encadenan derrotas o goles de los contrarios y minga que revancha. Pero esa noche hubo un módico desquite. Tiro libre para San Lorenzo. Paulo Silas tiró el centro medido para el cabezazo de Ruggeri, que se elevó seguro, como si no hubiera hecho mella en él la escapada de Crespo en el gol del millonario. Le dio un testazo como los que sólo él sabía dar y la pelota picó en el piso y entró por el segundo palo venciendo al Mono Burgos. La cancha estalló. Y el “Ca/be/zón / Ca/be/zón” inundó el estadio como reconocimiento al gladiador herido que se había levantado.

Y la fiesta se apoderó de la tribuna local con música de Fito Páez:

“Ya van a ver / nosotros no somos Boca ni River Plate / y dale alegría alegría a mi corazón / la Copa Libertadores es mi obsesión”.

Así se vivía, karma y obsesión. Ilusión obstinada, como queriendo ganar lo que no podíamos, y seguir buscándola igual, sin desaliento, que por insistencia tenía que caer, viejo. Javier sonrió ante el fervor azulgrana. Con mirada un poco sobradora, como estando seguro que River no tardaría en poner las cosas en su lugar. Y cantamos los cuervos al ritmo de los Zimbabwe:

“Vamos a volver a salir campeones / Sanloré, Sanloré, Sanloré / vamos a ganar la Libertadores / va a volver la fiesta para Boedo / y va

a haber velorio en el gallinero”. Esa musicalidad increíble de la gloriosa, que cualquier tema lo convertía y lo convierte en canción de cancha.

Segundo tiempo. El River de Ramón Díaz se refugió buscando salir de contra. El gasto lo hizo San Lorenzo, sin tantas luces.

-Dale, Gallego – le implorábamos a Esteban González, intentando rememorar el gol de la noche mágica de Rosario. O que le pegara con los taponés, como en Córdoba contra Talleres. Necesitábamos algo así, que él o el Pampa cabecearan algún centro de Manusovich o de Monserrat como tantas otras veces. Pero no, el dominio territorial no se tradujo en la red, donde se definen al fin y al cabo los partidos. Entonces, el partido se emparejó.

Parecía una partida en tablas, como el ajedrez, en que los movimientos de uno eran contrarrestados inmediatamente por los del otro. Un juego de suma cero. Hasta que el árbitro cobró ese tiro libre para River cerca de la medialuna del área. Se perfiló Francescoli, con eso lo digo todo. Todos sabíamos que le iba a pegar él, el Flaco Passet también. Pero hay cosas que, por más que las sepas, igualmente no las podés evitar. Y te pueden superar igual, y clavártela en el ángulo sin sorpresa ni miramientos. Pero no hubo ni gran potencia ni dirección en el tiro de Francescoli. Que superó la barrera pero el Flaco la fue a buscar para controlar el disparo anunciado. Pero sólo parecía. La pelota venía envenenada por el efecto o el Flaco Passet simplemente se equivocó. No controló la pelota, la amortiguó en el guante derecho pero seguía viva. Al ver que lo superaba e iba a entrar al arco, se tiró con las dos manos para desviar la pelota enjabonada. Que pareció jugar al vóley el Flaco. La pelota no entró, pero dio en el travesaño. Era como una jugada de básquet, rebotó en el tablero y la cuestión, en esas milésimas de segundo, era ver quién llegaba al rebote. Llegó Ortega y puso la cabeza para un gol que resultaría determinante.

Se nubló la noche. El Flaco Passet, el de las mil proezas no podía saber que, doce años después, quedaríamos afuera de la Libertadores porque otro arquero hizo jueguito contra los ecuatorianos. Que el maleficio de la Copa embrujada fue una novela negra de varios capítulos. Javier disfrutó contenido de ver cómo se cumplían sus vaticinios sobrados sobre lo ineluctable del destino. Para mí, no había sido merecido pero qué podía importar. Él contestaba a mis argumentos con esas frases hechas que tiraba al pasar, sobrando: jugaron como nunca, perdieron como siempre. Que ya ni un juego parecía, que era una estricta maldición.

Siete días después, en la cancha de River, la revancha no haría más que confirmarlo. Partido parejo, otra vez. Desborde de Francescoli, gol de Crespo. Ya está, me dije. No hay nada que hacer. Paulo Silas encaró por la izquierda dejando a varios en el camino, casi que emulando el golazo del 94 pero la pelota se fue ancha, pegada al palo izquierdo de Burgos. Ya está, cosa juzgada. Pero no. Segunda jugada luego de un tiro libre, la peleó el Gallego González y convirtió el gol el Cabezón Ruggeri a siete del final. De haber perdido a Crespo en el primer gol de la ida a convertir los dos goles del Ciclón. Levantarse, caer, volver a levantarse.

Minuto 93, la última, y el Cabezón se fue de nueve al área de River. El pelotazo del Indio Arévalo recorrió 60 metros, venía llovido. Ruggeri saltó y llegó antes que Burgos, que había salido a cazar mariposas. El cabezazo era perfecto, como tantos otros, el movimiento acorde, el estilo immaculado aún en esa instancia definitiva. La estampa del capitán héroe. El estadio, silencioso en un segundo eterno. La pelota fue hacia el arco desguarnecido. Era el gol para empatar y llegar a los penales. Era dar vuelta el destino impiadoso otra vez. Torcer la derrota, resurgir como el ave Fénix. En un arco veinte centímetros más ancho, hubiera entrado. Festejó River.

Pero los cuervos nos levantamos en la tribuna a aplaudir a nuestros jugadores. Luego del gol que no fue, la hinchada gritó “Ca/be/zón, Ca/be/zón”. No pocos estábamos envueltos en lágrimas.

QUEDAN LOS ARTISTAS

No pueden jugar juntos, había determinado el Cai Aimar, técnico de San Lorenzo. Se refería a Paulo Silas y Pipo Gorosito. Y se inclinó más bien por el segundo. No le fue bien, y se tuvo que ir. Asumió el profesor Castelli, que era en esencia lo que diríamos un populista. De esos técnicos que van perdiendo y te desarman media defensa para colocar tres nueves en el área. Pero cómo no iban a jugar Paulo y Pipo juntos. Que el medio lo aguante el Chapa Zapata, pensó el profesor. Y les dio el gusto a los cuervos de verlos en cancha. Eran de esos jugadores que querés que la tengan siempre, que son una caja de sorpresas, porque juegan definitivamente a otra cosa. Me dirán que el Pipo no fue campeón y es una verdad innegable. Un dato que no puede desmentir nadie. Pero cuando me junto con mi amigo Pablo a hablar de fútbol, sobre todo recordamos a Pipo, a Paulo, y en especial un partido. Tomarse el 15 que circunda avenida la Plata, donde siempre seremos locales. Donde hasta los bares, las piedras y las macetas son de San Lorenzo. Bajar en avenida Cruz, y caminar por el boulevard hacia la Perito. Eso hicimos, como tantas otras veces, aquella tarde del 9 de marzo de 1997.

Recibíamos al Boca del Bambino Veira, que lo seguimos queriendo igual porque al Bambino le perdonamos todo. Veníamos de golear a Huracán, en esa tarde maravillosa del loco Abreu picándose la sobradora a Marcos Gutiérrez. Con un golazo de Luis Fernando, el número dos, mandándose al ataque. Que el equipo venía hecho un violín. Que el Chapa Zapata aguantaba, parecía. Y ese día no fue la excepción. ¿Qué doble cinco? – hubiera dicho el profesor Castelli. Doble diez te pongo, y me la banco. Y doble nueve también, con Abreu y el Pampa Biaggio. Y ese día tuvo razón, amargos resultadistas. Aunque no haya sido campeón.

Primeros minutos del partido, penal para San Lorenzo. Ahora, tenemos que pensar si nos dieran un penal quién lo puede patear con relativas posibilidades de éxito. En ese equipo había tres para patear. ¿Silas? ¿Gorosito? ¿Abreu? Pateó el Pipo, arriba, inatajable para Abbondanzieri, con una precisión quirúrgica. Uno a cero, y hasta ahí todo bastante normal. Con Pablo nos deleitábamos entonando el hijos nuestros morirán y otros anatemas irreproducibles que bajaban de la tribuna para cargar a los visitantes.

San Lorenzo toqueteaba en el mediocampo. Boca no reaccionaba. Entonces, la pelota le llegó a Gorosito en el borde del área grande. Mirá que vi a tipos pegarle a la pelota con efecto, esos tiros que se abren o cierran con la pelota viva, inteligente, tomando su propia dirección. Pero esto fue otra cosa. De locos. Gorosito le pegó con efecto boomerang, viejo. Una cosa increíble. Acarició la pelota con la derecha y la metió al área sin ningún destinatario preciso. No estaba Abreu ahí, estaba Néstor Lorenzo, zaguero de Boca. Como si le hubiera dicho tomá, rechazala si podés. La pelota rebotó en el suelo, y estaba viva, enjabonada. El efecto boomerang hizo que volviera a los pies de Pipo, que la paró y definió arriba. El grito de gol fue más fuerte que el primero, y con mi amigo Pablo nos reíamos a ver quién ponía la cara más enajenada por lo que estábamos viendo. Fútbol en estado puro, viejo. Las jugadas que uno imaginaba en los sueños, y te despertás y sos el mismo tronco de siempre. Ahí no, eso era verdad y no nos queríamos despertar.

Que no fue campeón, Pipo. Pero yo de pibe quería jugar como él. Y con Pablo veinte y un años después seguimos comentando esas jugadas. Que no recordamos un uno a cero a Gimnasia y Tiro de Salta, viejo. Que recordamos la tarde mágica contra Boca. Dos a cero, promediando el primer tiempo.

Ya nos hubiéramos ido felices, viejo. Pero quedaba más. Porque el otro actor principal todavía no había casi aparecido. Zapata que era el 5, desbordó por la izquierda. ¿Me entienden? Un 5 desbordando. El caos hermoso del equipo de Castelli. Que te ponía doble diez, doble nueve, un 5 que desbordaba y si iba perdiendo casi que te jugaba 2-3-5 como en la década del 30. Y claro, no podía ser campeón pero qué importaba esa tarde. El centro de Zapata sobró a todos. Sobre el vértice del área grande, la paró Silas. Con Pablo estábamos arriba de la tribuna en diagonal a donde el brasileño la paró, detrás del arco xeneize. Se hicieron unos instantes de silencio, expectativa. Un momento en que los hinchas pensaron ¿en serio vas a hacer eso? Silas no le pegó a la pelota, sería muy agresivo decirlo así. La acarició. Tiró la bola lenta, como en el bowling, y la pelota ingresó en el ángulo mismo derecho de un Abbondanzieri que ya no tenía ni ganas de tirarse. Casi una clase de Matemáticas, que si no entendés qué es un ángulo recto después de ese gol no lo vas a entender más. Con mi amigo dejamos la garganta en ese gol. Ya no teníamos voz para más. Que todo tiene un límite, que ahora se van a poner a regular.

Minga. El ole bajó de la tribuna azulgrana todo el segundo tiempo y Boca no sabía dónde meterse, tanto que varios de sus hinchas se fueron un rato antes. Entonces, un contraataque que inició Pipo, otra vez. Y la pelota le quedó a Silas, entrando casi al área por la derecha. Salió Abbondanzieri. Y el desenlace no es difícil de imaginar. Cuando vi que separaba el pie derecho dije golazo. El brasileño la picó con displicencia, bien despacio como para que les doliera más a los bosteros que miraban detrás del arco. Cuatro a cero, viejo. A Boca, no a cualquiera. Donde empezaba a hacer sus primeras armas un tal Riquelme.

Esa tarde en que salieron todas pero que no hubiera existido si no hubieran jugado juntos los dos genios de la pelota. Esos tipos que

quería que la tuvieran siempre, porque algo iban a inventar. Los pases teledirigidos de Pipo, lanzados con la precisión de un misil, quirúrgicos, imposibles, porque desafían la ley del espacio y el tiempo. Precisión decían los comentaristas, pero era más que eso. Era un arte.

El dominio del brasileño, que paraba la pelota y la llevaba ahí cerca del pie, como con un imán. Y que hacía esa jugada que pasaba una pierna por arriba de la pelota y arrancaba en velocidad y no lo paraba nadie. Un movimiento parecido a la bicicleta, con la pelota pegada al pie. Esa jugada era infalible, la hacía sobre los costados desairando a sus marcadores. Y que tiraba todos los córners buscando el olímpico, aunque lo putearan los compañeros que iban a cabecear. Pudieron jugar juntos. Poco, oasis en el desierto. No fueron campeones. Pero dejaron la marca de un fútbol inolvidable. Los Carasucias tampoco fueron campeones. Pero yo vi cómo se le iluminaban los ojos a mis tíos cuando me contaban del Loco Doval, el Manco Casa o el Bambino Veira. Si les preguntaba por qué no habían salido campeones, mis tíos me miraban como diciéndome vos no entendés nada. Y tenían razón. Pipo y Paulo, a diferencia de sus antecesores, jugaron poco juntos. Tal vez porque en el fútbol siempre triunfa el resultadismo. Pero luego de años, con los amigos no se recuerdan números sino jugadas, momentos de un arte futbolístico que quedaron grabados indelebles en nuestros ojos. Gracias a Pipo, gracias a Paulo. Y al profesor que se animó a juntarlos.

EL DÍA EN QUE PIPO SE PUSO EL OVEROL

A veces en el fútbol los roles se invierten. Tanto es así, que en el Monumental ese día salían todas. Pasábamos de ser tradicionalmente víctimas a ser verdugos de nuestros victimarios. Una tarde noche difícil de olvidar esa del torneo Apertura 98.

Anduvieron tan extrañas las cosas que hasta Basavilbaso metió un gol en una jugada en que el doctor Paredes le pegó al arco. No es una crítica esto, por favor. Si para que un equipo funcione se necesita de todos, de los que juegan y de los marcan. De los que juegan a que los demás no jueguen, no prosperen y te pinten la cara como tantas otras veces. Ese trabajo sucio, silencioso, poco reconocido. Las tapas de los diarios deportivos se las llevan los goleadores y no los héroes silenciosos que te conservan el cero en el arco, o que por lo menos te garantizan que te hagan menos goles que los que le hacés el rival. Que de eso se trata, al fin y al cabo, el fútbol. Y enfrente estaba el River de Ramón Díaz, que venía arrasando con el tricampeonato que lo coronó como uno de los mejores equipos de la década.

Abrimos el marcador con un tiro de media distancia del doctor Paredes que desvió en el camino el Beto Acosta y empujó a la red Basavilbaso. Uno a cero. Partido de ida y vuelta, definitivamente. Que cuando no hacés un gol en el arco de enfrente te lo meten en el propio. Y el verdugueado tantas veces se convertía en verdugo. Que Pizzi tuvo el empate, y le pegó como yo o como vos, lector, y la pelota pasó al lado del palo de un Passet rendido. Que cuando la suerte estaba con vos, todo era más fácil. Y los contraataques. Pelotazo de Pipo, la cabeceó Biaggio y se la llevó el Beto Acosta, que fusiló a Bonano abajo, inatajable. Dos a cero, fin del primer tiempo.

Pero nada era fácil para el Ciclón. Y más en esa cancha. Y Juan Pablo Ángel descontó. Y se nos venía la noche, que en serio se enseñoreaba del Monumental. El Coco Basile gritaba con su voz

ronca y los jugadores no sé si escuchaban, pero jugaban. Fútbol ofensivo, no importaba la cancha ni el rival. Buen pie y agresividad parecían sus premisas, que nos permitieron golear en varias jornadas. Contraataque de San Lorenzo. De izquierda a derecha. La paró apenas fuera del área grande el Beto Acosta. No era una situación de gol clara, la definición no se vislumbraba fácil. Aguantarla y que pase Biaggio, que venía acompañando como siempre. Pero el Beto pensó lo imposible. Le pegó suavcito y la pelota dibujó una mágica trayectoria colándose en el ángulo superior derecho de Bonano. El juego que hizo la red al ser acariciada por la pelota lo asemejó a la de un aro de básquet. Qué golazo, viejo, para delirio de todos los cuervos que estábamos detrás de ese arco. El Beto se disfrazó de basquetbolista casi, y le metió un doble, un doblete a River.

Pero todavía quedaba más, en ese día en que salían todas y los roles se invertían. Donde a los jugadores los invadía un estado de ánimo que todo volvía posible.

Ese día, se destacaron Acosta, Biaggio, Basavilbaso, pero lo que más me sorprendió fue lo que corrió el Pipo Gorosito. Este jugador ya entrado en años, con su cabello enrulado marca registrada, con las pinceladas de talento innegable, inoxidable.

El día en que los roles se invirtieron, él no manejó el contraataque de San Lorenzo que voy a contar. Lo más lógico era que el Pipo hiciera el pase y corrieran el Beto o el Pampa hasta enfrentar a Bonano. Pero no. De izquierda a derecha vino la contra, y el Pipo comenzó a correr en el círculo central. Todos tenemos esa imagen de Pipo con la globa en el pecho, haciendo el taco al aire, el pase teledirigido. Un fútbol más bien estático en lo físico, rápido con la cabeza. Un Pibe Valderrama criollo, argentino. Con más agresividad que el colombiano, con un pelo sino similar, que al menos se le parecía. Ese día, recibió el pase a la salida del círculo central.

Tenía que hacer una de Bolt, viejo, el Pipo, que lo de él era otra cosa. Era hacer que el equipo corriera, jugara, la pasara. La Gorosito dependencia, que sin él éramos un rejunte de perros.

Había que correr hasta el área, porque en esos momentos no podés ya decir no estoy para esto, corran ustedes. Estaba ahí, en la mitad de la cancha casi y había que correr, viejo. Y el Pipo la tiró para adelante y corrió. Adelante, el campo desierto porque River tardaba en volver. Esas jugadas que dejaban a dos protagonistas frente a frente, con medio campo de por medio. De veintidós jugadores, sólo dos en la mitad de campo donde tenía lugar esa jugada. Corrió y corrió Pipo. Que lo van a alcanzar, pensaba yo. Pero el Pipo ese día iba rápido. Se puso el overol, dejó de jugar para que la tribuna se deleitara, gritara Ole, ante todos sus movimientos mágicos con la pelota. Se vistió de nueve, de Beto Acosta, de Pampa Biaggio. Correr con potencia, que el destino lo había puesto ahí ese día. Y el tipo no iba a esquivarlo. No se iba a tirar a mitad de camino y decir me desgarré. No, el Pipo se vistió de obrero del fútbol, de luchador y se fue para adelante. Y los de River ya que casi lo venían alcanzando, como el alemán Briegel a Burruchaga en la corrida inmortal del 86, rumbo a la gloria. Esta corrida no iba a quedar en la historia, no significaba una copa mundial, ni un campeonato local. No significaba un título.

Y sin embargo, se corrió como si fuera la última. Y el Pipo estaba ahí, escoltado por los jugadores locales que volvían con desesperación para evitar lo que ya intuían que iba a pasar. Borde del área grande. Bonano salió a achicar tirándose para adelante. El Pipo, con lo que le quedaba, con el sudor bañándole la frente, le pegó con cara interna asegurando la dirección de la pelota, que fue a pasar entre las piernas del arquero. Que todo tenía que ser bello, que si no, no valía. Que te hizo un caño este genio hasta después de correr cincuenta metros. Que la esencia no se pierde nunca, parece. Aunque la vida lo pusiera en

una situación para la que parecía no estar preparado, no sólo aprobó el examen, el desafío. Sino que lo hizo fiel a su estilo. Lírico. Bello. Artístico. Pintoresco. De calidad indoblegable.

El cuatro a uno parecía liquidar el partido. Pero River, que venía de ser campeón, se puso 4 a 3. Ahí, todos los cuervos lo volvimos a mirar a él.

Guardala, Pipo, por Dios. Tenela con el Conde Galetto. Y el Pipo y el Conde la tuvieron. Y eso sí que les salía naturalmente. Y ahí lo vi al Pipo sacarse el overol y ponerse de nuevo el traje de mago, la número diez en la espalda, la cabellera enrulada, la pelota en el pecho. El cuadro del crack, que no tenía problemas de embarrarse si el partido se lo pedía. Pero en ese momento era guardarla. Y el Pipo la guardó. Y el Conde aseguró el destino de la pelota. Y ganamos.

EL ÚLTIMO SUSPIRO

A veces, la casa del tío Horacio y la tía Inés se convertía en la tribuna del Nuevo Gasómetro. Ese día no pudimos ir a la cancha. Mi trabajo en las guardias inmobiliarias que hacía los domingos lo volvía a impedir. Esos días en que vivís casi escindido, cuando querés estar en dos lados al mismo tiempo. Que te parece poco verlo por televisión. Pero el tío por suerte tenía el codificado.

Porque veníamos peleando el campeonato mano a mano con el River de Gallego. Que decía sobrador que siempre San Lorenzo se caía, que no iba a alcanzar a coronarse campeón aunque viniera jugando bien el equipo. Que en los momentos candentes, cuando hay que sacar chapa de candidato, San Lorenzo flaqueaba. Y estábamos ahí, con el televisor a medio volumen al principio, para que se pudiera hablar, comer los sandwichitos de miga, las papas fritas y las salchichitas que tanto me gustaban. Pero el partido arrancó movido como el samba, toda la tarde para el infarto.

Que empezó ganando Independiente, viejo. Y que Romeo, en la jugada anterior, se la había tirado larga a Passet y el arquero lo alcanzó a tapar cuando todos ya gritábamos gol, y en el segundo rebote la pelota dio en el palo. Uh uh Uhhhhhhhhhhhhhh, bajó de la tribuna y del sillón de los tíos. Y la puta que lo parió, Flaco querido no nos podés hacer esto, dejala entrar viejo. Hacele caso a tu corazón y no a tu trabajo que te llevó al arco del rojo. Nos lamentábamos con los primos y el tío. Que San Lorenzo jugaba bien, toque circulación, agresividad. Pero el primer gol lo hizo Independiente, el uruguayo Forlán.

Y entonces, llegó otra vez Romeo frente al arquero pero esta vez no se la tiró larga. Que este hombre no tropezaba dos veces con la misma piedra. Que esperó, hizo la pausa justa y le tiró un pase en la misma línea a Romagnoli, para que no fuera offside. Tiró ese pase

con el reglamento en la mano. El tipo pensó la jugada, que salía el arquero, con treinta mil tipos mirándolo y diciéndole pegale, por Dios. Que sea gol de cualquier forma. Y el hombre se detuvo a pensar más allá de todo, y se la dio en línea recta al Pipi, que venía de atrás, corriendo como una saeta. El diez la empujó al arco vacío y en lo del tío gritamos y respiramos aliviados. Los chizitos, los sandwichitos, la Coca Cola que bajábamos de la ansiedad, cansados como si estuviéramos dentro de la cancha. Que había que ganar para no perderle pisada a River.

Y entonces, vino el segundo. Todo en el primer tiempo. Buena jugada en mitad de cancha, donde estaban anotó Erviti, Romagnoli, Michelini aguantando todo y ese día Zurita. Y el salteño se fue para arriba, y desde el borde del área pateó a colocar y venció a Passet. Cuando la pelota circulaba y el equipo quería jugar, hasta los jugadores que pensaba que no podían ser peligrosos lo eran. Cuando la tocaban todos y se animaban, era un poco más fácil. Gritamos el segundo y a descansar, como los jugadores. Ahora sí enderezábamos la nave e Independiente no parecía contar con chances de empatar, un poco anodino. Entretiempo, volver a hacer sociales, hablar con la gente, ir al baño que ahora volvías a sentir las necesidades del cuerpo que habían quedado suspendidas.

Segundo tiempo. Y San Lorenzo bien, y el estadio lo veíamos era una fiesta. ¿Qué no dar para estar ahí? Cantando, al ritmo de Walter Olmos: “La vuelta vamo a dar /quiero salir campeón / yo lo llevo a San Lorenzo / adentro del corazón”.

San Lorenzo con la pelota, que el Pipi, que el Pipa Estévez, que Romeo amenazaba con liquidarlo. El partido no era tan abierto como en el primer tiempo, que parecía de ida y vuelta, un partido de metegol. Había ajustado las marcas el Ingeniero Pellegrini, que no podíamos recibir otra sorpresa. Que los tres puntos se tenían que

quedar en casa. Pero el fútbol se ríe de las planificaciones. Se nos atragantó la pizza cuando el cordobés Livio Prieto empató el partido. Y otra vez a remarla, pero ahora el partido estaba cerrado, no era tan fácil llegar. Y no podía ser que otra vez nos pasara lo mismo. Y ya comentábamos con el primo y los tíos que a River estas cosas no le pasaban, que tenía más equipo que nosotros y no íbamos a poder alcanzarlos. Nadie lo dijo, pero casi que le hubiéramos dado la razón a Gallego.

Caía la noche y sentíamos una desazón tan grande que nos importaba un carajo ya todo. Entonces, recuerdo una jugada que nos sacudió la modorra. Pase del Pipi entre líneas, Bernardo Romeo la dominó entrando por la izquierda al área grande. Gol, gritamos anticipándonos. Y no nos faltaba razón, si la había dominado el goleador del campeonato y tenía tiempo para definir. Que Passet venía achicando pero estaba a unos metros. Espacio y tiempo. Había tiempo para el tiro entre las piernas, o la definición con cara interna por el costado del arquero. Pero la tapó el Flaco. El ídolo del campeón cuervo del 95, que le hubiéramos hecho una estatua en ese momento, le tapó el gol a Romeo. Que si no entró esa no íbamos a tener otra. Como ocho minutos estuve puteando a Romeo y a Passet en partes iguales. Pero ninguno de los dos tenía la culpa. Si el Flaco estaba atajando en Independiente, y al fin y al cabo el fútbol también es un laburo. Y si Romeo había definido bien, pero el Flaco estiró las piernas como un tentáculo viejo, y evitó el gol. Y la puta que lo parió, puteaba y ya no sabía a quién. Al destino.

Esos momentos en que la vida se vuelve una actualidad acuciante. Un aquí y ahora irritado, urgente, que se nos iba River. No es el Carpe Diem de Robin Williams. Es el aquí y ahora de la desesperación. Un gol como sea. Y el tiempo corría rápido, un aquí y ahora vertiginoso, se iba, se iba, River, el tiempo, todo. Que le pegue en el orto a uno de

ellos y lo descoloque al arquero. Eso pensaba cuando voló el enésimo centro cuervo al área de Independiente en el último minuto, y fue fácilmente rechazado por la defensa. Pero no podés tirar un centro así, era el último pensaba cuando la tomó el Pipi Romagnoli del medio hacia la izquierda de nuestro ataque, donde cayó el rechazo. Hizo lo que todos pensábamos, que ya no había tiempo ni para pensar. Un ollazo como tantos, un centro a ver qué pasa, cuando las piernas y los nervios no dan para más. Pero Independiente jugó mal al offside y quedó Michelini con Passet con la pelota picando. Jugador de precaria técnica pero una voluntad indoblegable. Un gladiador de los que se pelaban las rodillas en cada partido. Pero para dominar esa bola enjabonada y hecha fuego por ser la última necesitabas técnica carajo.

Y la pelota picó. Y Michelini, con lo que le quedaba, le pegó por arriba de Passet en el área chica. Se tiró como un kamikaze, pero la jugada no terminó ahí. Porque le pegó por arriba del arquero pero la pelota dio en el palo. Y Michelini se quiso tirar de cabeza a empujarla como un cuerpo a tierra del soldado en la guerra, que de eso casi se trataba. Pero Passet lo agarró, y Michelini queriéndose liberar del agarrón del arquero se quedó en el piso moviendo los brazos casi que nadando crol. Nadando para un gol pero no llegó porque lo tenía el Flaco con los dos brazos como garras. La pelota rebotó en el palo y caminaba paralelo a la línea, despacito. Llegaba como un racimo de jugadores rezagados, todos los que habían quedado enganchados. Y también estaba él, al que había puteado hasta hacía diez segundos, Bernardo, que con el envión que traía empujó la pelota y quedó con el cuerpo entero adentro del arco y moviendo la red. Con los primos y el tío nos quedamos sin voz gritando el gol como si estuviéramos en la cancha. Que no es lo mismo pero a veces se parece. El piso casi que tembló, los vidrios vibraron y el perro de mis primos, Buqui, se rajó asustado imaginando un colapso, un terremoto. ¿Que nos vamos a caer,

Gallego? Minga. Que tenés el aliento del cuervo en la nuca. Un aliento que más tarde, en el correr de las fechas, se convertiría en Ciclón.

UN EQUIPO DE HOMBRES

Los recuerdos, a veces, sobredimensionan las cosas. Y las hazañas se embellecen hasta un punto en que uno empieza a dudar de si fueron realizadas por hombres de carne y hueso o por seres celestiales, irrepetibles. Los recuerdos son maná del que comer cuando el presente no acompaña. Me recuerdo algunas veces en la infancia poniendo en la videocasetera viejos triunfos de años antes para reponerme de alguna derrota de San Lorenzo.

Pasa con todos los campeones de nuestra historia. También, con el Ciclón del 2001, el equipo del ingeniero Pellegrini. Al que lo cargaban porque decían que venía a hacer los codos del estadio, y terminó modelando un equipo que fue hasta récord en el fútbol argentino con trece victorias al hilo. Al hilo. Oasis inexpugnable para los que lo sucedieron. Los nombres propios del Pipi Romagnoli, Erviti, Tuzzio de 8, Leo Rodríguez, Estévez, Romeo, el uruguayo Abreu hablan de un equipo ofensivo, que llenó de satisfacción a los cuervos y de orgullo. En el medio, en la tarea menos vistosa, se ponía el overol Micheliní, y si lograban pasar los rivales llegaban cansados y se los terminaba de deglutir la zaga central con Ameli y Coloccini. En las puntas, marcaban y se mandaban al ataque el Doctor Paredes y J.J. Serrizuela. El arco se lo compartieron Campagnuolo y Saja. Parece que este escritor también está cayendo en la tentación de las alabanzas desmedidas. Tómenlo como una generalidad, como una imagen inmaculada luego de diecisiete años, que fue lo que quedó de ese equipo.

Pero ese equipo era de hombres, claro. Y los hombres, desde que el mundo es mundo, tenemos limitaciones.

San Lorenzo venía primero con River, el de Saviola y Cardetti, dos delanteros que venían encendidos y muy efectivos. Porque hasta cuando el ciclón realizaba una gran campaña, encontraba un alter ego

intentándole arruinar el festejo. Y si San Lorenzo ganaba tres, cuatro, cinco partidos seguidos, River también. Y si San Lorenzo goleaba y convertía a Romeo en el goleador del torneo, River tenía a Cardetti. Al ciclón parecía seguirlo la propia sombra.

El ingeniero venía como paracaidista y asumió en la tercera fecha para perder con Racing. No hizo pretemporada, no conocía ni al plantel ni la Avenida Rivadavia, mucho menos la Perito Moreno.

Estaban los dos primeros y el día que voy a recordar, San Lorenzo enfrentó a Los Andes, uno de los rezagados del torneo.

Que son equipos de seres humanos, de carne y hueso. Porque San Lorenzo jugó ese día contra el rival y contra sus propios fantasmas. Que siempre se cae, había dicho el Tolo Gallego.

Primer tiempo. Partido en cero. Las tribunas, colmadas de cuervos, transmitían un clima festivo al ritmo de la cumbia de Walter Olmos. “Por lo que yo te quiero/ te sigo a todas partes / por lo que yo te quiero Ciclón / te aliento hasta morir”. La fiesta de la tribuna no se contagiaba a la cancha, donde el equipo lució su versión menos lúcida. Impreciso, errático. Quería armar algo de juego, pero se diluía en el mediocampo. Los Andes había armado una muralla de contención en la mitad de la cancha difícil de flanquear.

-Por la orilla, insistía el Ingeniero Pellegrini. Pero el equipo no le daba bola y seguía yendo por el medio. Se venía la noche, pensamos algunos en la tribuna pese a la tarde radiante de sol. Terminó el primer tiempo.

Ahora, en el segundo tiempo van a salir de otra manera, pensábamos con mi amigo Pablo, apretujados en la tribuna azulgrana. Pero el partido siguió igual. No parecían haber transcurrido quince minutos de intervalo, sino que daba la sensación de que el juego anodino nunca se había interrumpido. Yo me río de los sacralizadores del pasado y les diría que se bajen el partido con Los Andes y lo miren

de punta a rabo, a ver cuánto duran. Para colmo de males, en una pelota que le quedó casi mano a mano con el arquero, se lesionó Romeo

Los Andes hasta se animaba a salir de contra. En un centro, dudó Campagnuolo y Maggiolo la cabeceó al travesaño. Baldazo de agua fría para despertarse.

La hinchada apretó, el equipo seguía jugando mal pero se adelantó en el campo de juego. El glamour del festejo anticipado dio paso a los cantos más elementales, sin tanta imaginación pero con fuerza.

“Que esta tarde cueste lo que cueste /esta tarde tenemos que ganar”.

Pero vivimos de recuerdos, a veces. Y la hinchada se levantó acompañando el dominio ahora territorial del equipo con un canto que hacía referencia a otra parte rica de nuestra historia, intentando exorcizar el presente de angustia con una brisa vivificante del pasado. Al ritmo del Ae, de Valeria Lynch:

“Vamos los Matadores /los Matadores /los Matadoooo / dale dale Matadores / dale Matadores / dale Matador, Matadores”.

Seguía jugando mal San Lorenzo, pero había ido acorralando al rival y tiramos dos millones de centros en cinco minutos. El canto de la hinchada había ensoberbecido a los jugadores, que iban para adelante aunque se quedaran expuestos a un contraataque del Mil Rayitas. Faltaban cinco minutos. Entonces, tiramos otro córner más, fácilmente rechazado por la defensa. La dominó Erviti fuera del área, con todo Los Andes saliendo. Dale, imploró la gente buscando que se repita el centro como si fuera a solucionar algo, que tenía que rebotar aunque sea en alguien. Que alguien tenía que cabecear, carajo. Que se nos escapaba River otra vez. La pelota se elevó, no llevaba potencia pero venía envenenada. Por atrás de todos, apareció Fabricio Coloccini. La imagen de una escultura, casi. El jugador saltando

brevemente para bajar la pelota de pecho, que no era fácil amaestrarla con el efecto que traía. Quedaba lo más difícil. Porque la pelota quedó ahí en el aire. O sea, hay que pegarle con cuarenta mil tipos mirándote en ese momento. El tipo no parecía inmutarse pero a todos el corazón nos quedó en suspenso. La pelota bajaba para la zurda, pero el hombre se acomodó para su mejor perfil. Le pegó de derecha, con un movimiento curioso, casi que contrariando la trayectoria de la pelota, las cosas que cuando uno mira dice si yo intentaba hacer eso, me caería a la mierda. La pelota entró arriba junto al ángulo superior izquierdo del arquero Buljubasich. Nos abrazamos en el grito de gol con mi amigo Pablo. La fiesta se apoderó de todos.

Que había que ganar después de todo, no importa cómo. La gloriosa retomó sus cantos de festival, de regodeo a ritmo de cumbia: “La vuelta vamo a dar /quiero salir campeón/ yo lo llevo a San Lorenzo adentro del corazón”

En el recuerdo quedó el golazo de Coloccini. Por lo que significó en ese campeonato. Porque servía para coronar una campaña brillante. Los tipos que a veces vivimos de las nostalgias, borramos prolijamente de la memoria el flojo partido del campeón. Porque a los campeones parecemos disfrutarlos más si los hacemos de bronce. Vaya este relato para rescatar que fueron jugadores de carne y hueso. Falibles, humanos. Como cualquier cuervo, que nuestra historia está hecha de gloria y también de barro. También de barro.

LA MANO DE DIOS

Si la historia fuera contrafáctica, si se hiciera sobre los hubiera o los hubiese, seguramente no habríamos siquiera jugado la Copa Libertadores de América del 2014. Porque todo comenzó unos meses antes, en la cancha de Vélez.

Que el equipo llegaba golpeado por no haber podido vencer a Estudiantes de la Plata en el Nuevo Gasómetro, victoria que nos hubiera dado el título. A cancha llena, San Lorenzo no pudo encontrarle la vuelta al planteo pincharrata. No tuvo una buena tarde, con los intérpretes más lúcidos desconectados y sin nueve de área, porque ese equipo no tenía goleador, no le quedaban nueve desde que se había lesionado el uruguayo Cauteruccio después de una jugada bárbara allá en Rosario. Luego de una apilada descomunal, que arrancó en tres cuartos de cancha, y definió en el arco rosarino, la rodilla del uruguayo dijo basta.

Y San Lorenzo, sin nueve pero más o menos a los tumbos llegó a la anteúltima fecha, luego de que se dieran casi todos los resultados, con la ventaja de tener que depender de vos mismo, de ganar esa tarde para dar la vuelta. Pero esa tarde no se ganó. Que al equipo pareció pesarle la responsabilidad. Que el técnico Juan Antonio Pizzi venía perseguido por el embrujo de quedarse siempre a mitad de camino, como en el ascenso que no fue con Central. Que el escenario, luego del empate con Estudiantes, no podía ser peor. Dos puntos arriba de Vélez, al que visitábamos en la última jornada. El empate tampoco te aseguraba el campeonato, porque en el otro partido importante se enfrentaban Newells y Lanús en Rosario y si alguno de los dos vencía y Vélez y San Lorenzo empataban habría desempate entre el ciclón y el vencedor. Si ahora cuesta entenderlo, en ese momento también. Pero lo inexplicable era no haberse ahorrado toda esa mala sangre con un gol de mierda frente a Estudiantes. Pero no. Ahí estábamos,

haciendo honor a esa costumbre maldita de tener que sufrir siempre, que si no, no vale. Que si no, no parece San Lorenzo.

Prohibidos los visitantes, esos once hombres azulgranas iban a definir el campeonato solos en territorio hostil. Donde la rivalidad había crecido un poco artificialmente fomentada por los medios de comunicación y los de Vélez, que querían ser nuestro clásico. Regado el resentimiento durante toda la década del 90 e inicios del siglo XXI, con hechos lamentablemente violentos de por medio.

“Si vos sos grande yo te quiero ver / en el suplemento que sale en Olé”, cantábamos los cuervos. Y los del Fortín, en una visita, nos mostraron todas las Copas que tenían en su haber, en un desfile en nuestra cara. Y así, echando leña al fuego de uno y otro lado.

Y ese partido, el último del campeonato, que no se podía perder. Porque no sólo podías dejar de ganar el campeonato, sino que lo podía ganar Vélez, que había cometido la impertinencia de ganar cuatro partidos seguidos en el torneo en que todos empataban, ganaban, perdían. ¿Y dónde ver el partido? En lo de los viejos, con los chicos. Y San Lorenzo no tenía nueve, viejo. Y Pizzi lo improvisó a Alan Ruiz, un tipo más bien fino para jugar que se le ocurrió que podía jugar de centrodelantero porque le tiraron un par de centros en la semana. O quizás porque pensó que tenía buen tiro de media distancia, y por ahí podía pegarle en algún contraataque, o que le quedara alguna.

Primer tiempo. No pasaba mucho, dos equipos bastante contenidos. Me lo explicaba en San Lorenzo. Imaginaba lo que pesaba a esos jugadores perder ese partido, porque nos jugábamos mucho. No tanto por perder un título, sino porque nos cargaran por el resto de nuestras vidas estos velezanos que se decían nuestro clásico. El empate valía oro, que de última jugaríamos un desempate.

Y San Lorenzo, que Pizzi paraba bastante ofensivo, ese día atacó poquito, casi que nada. Es que no recuerdo algo parecido a una situación de gol en esa tarde noche. Que lo único que me viene a la mente, parecido, similar a una situación riesgosa, fue una escapada de Ángel Correa que Pitana anuló por no dar ley de ventaja. Se iba solo a enfrentar al arquero el pibe. Y cobró un foul anterior. Y Pizzi le dijo de todo menos lindo. Y yo en casa de mis viejos lancé un rosario de puteadas. Ortigoza y Mercier la intentaban tener en la mitad de la cancha, el gordo lateralizaba, los minutos pasaban.

En el segundo tiempo, las cosas siguieron más o menos así hasta que Vélez sacudió la modorra. Y empezó a jugar mejor. Y a mojarnos la oreja. Una media vuelta de Lucas Pratto desde el borde del área sacudió el palo derecho de Torrico. Ya se entraba en la recta final y el cero a cero, el resultado más querido, pendía de un hilo. Porque San Lorenzo no podía ni contraatacar. Porque el Pocho Insúa empezó a tener la pelota, y los pibes de Vélez se le sumaban compitiendo por quedar en la historia con un gol para cagarnos el campeonato. Últimos diez minutos y ya casi que no se podía más. Ya no sabía si seguir mirando o cambiar de canal y que me contaran después qué pasó, como hacía Cholo, el abuelo de mi mujer. Que era un sufrimiento indecible como el del Pipi Romagnoli y Correa padeciéndolo desde el banco. Que había que aguantar pero Vélez inclinaba la cancha. Y nosotros aguantando con Mercier, Cetto, Gentiletti, que se cansaban de despejar.

-Tenela, por Dios – le pedí a Nacho Piatti en un ataque por la izquierda. Guardala ahí cinco minutos, la puta que lo parió. Nacho, extenuado, la quiso hacer rebotar y fue saque de arco para Vélez. Y lancé un rosario de puteadas.

-Papá está por explotar – le dijo mi hijo Santiago a mi vieja, que quiso venir a tranquilizarme, que no entendía tanta mala sangre.

No es que la había perdido Nacho Piatti en el área nuestra, pero daba lo mismo. Había que tenerla y no podíamos, que la pelota estaba enjabonada. Y se siguió viniendo Vélez con poca claridad, pero el campo estaba inclinado. ¿Sabés lo que es perder un campeonato a dos minutos del final, viejo? Y contra un rival que sentimos enemigo, que si fuera contra uno del interior cualquiera no hubiera sido para tanto. Pero contra Vélez, que nos tenía entre ceja y ceja no, por favor. Perder ahí no. Seguía rebotando la pelota contra el frontón firme de la defensa de San Lorenzo. Hasta que ocurrió. Y era cantado, que de tanto intentar una les iba a quedar. Y allá en Rosario, Newells y Lanús empataban, y Vélez si metía el gol era campeón.

Y de tanto intentar, de tanto ir a buscarlo, de tanto arrojar centros sin ton ni son, una les quedó. Rechazó corto Mauro Cetto, la torre rubia de la zaga central azulgrana, que había sacado todo los 87 minutos anteriores. Pero de qué servía, si una de las últimas la rechazó mal y fue a parar al pecho de un rival en el medio del área, con espacio para pegarle en diagonal al arco, ligeramente inclinado a la derecha del punto del penal. Así le quedó a Allione la pelota para el gol. No había otra posibilidad de que fuera gol. Pelota dominada, bajándole del pecho. Dos posibilidades, cruzarla seco al segundo palo, inatajable para Torrico. O clavarla al primer palo también. O tirarla afuera, la única salvación. La paró bien de pecho, y la pelota bajó hacia su pie derecho. Le pegó bien Allione, arriba al primer palo y todos en el Amalfitani gritaron gol. Nacho Piatti, que volvía infructuosamente a mirar la jugada, se tiró al observar la jugada de gol, vencido, que ya no había tiempo para más. Que se escurría otro campeonato, como la final de la Copa Argentina de tres meses antes. Pero Torrico voló, estiró el brazo izquierdo y desvió el balón increíblemente como un metro hacia arriba para que pasara por encima del travesaño. El brazo izquierdo y esa mano, con perdón de Maradona, son la mano de Dios para los que vimos ese

partido. Porque era imposible atajar esa pelota, porque era gol por donde se lo mirara. Los guantes de Dios, sin duda, el dedo de Dios, el índice de los milagros o el dedo carajo que haya sido. Por algo, se guardó esos guantes el Papa Francisco en el Vaticano, que en cualquier momento lo canoniza, que milagros sobran.

Yo no quería ni ver la repetición, porque pensaba que en la segunda entraba, que era imposible volver a ver semejante jugada sin infartarse. Nunca una atajada ganó un campeonato como esa vez. El gol de Allione hubiera significado no sólo arruinarnos el campeonato sino ganarlo para Vélez. A dos minutos del final. Por Torrico ganamos ese campeonato. Y jugamos, quién lo hubiera dicho, la Libertadores.

Que a veces en medio de los festejos o en el transcurrir del tiempo, se corre el riesgo de olvidar que todo empezó aquél día, con ese vuelo del cóndor estirando la mano de Dios, haciéndole una burla al destino que se empeñaba en volver a hacernos sufrir.

13 DE AGOSTO DE 2014

13 de agosto de 2014. Final de la Copa Libertadores de América. Partido de vuelta. En la ida, 1 a 1 con Nacional de Paraguay en Asunción. Una semana estuve puteando por el gol de los guaraníes en la agonía del partido. Vivir la semana como un ente, pensando sólo en noventa minutos. Era, también, ese día, el cumpleaños de mi hija Guadalupe. Siempre pedía tener un perro entre los deseos cuando soplabla las velitas. Ese día, me acerqué y le dije:

-El perro ya lo tenés. Pedí que San Lorenzo gane la Libertadores. Cuando terminó de soplar las velitas, me guiñó el ojo cómplice.

Ese día, San Lorenzo jugaba el partido de la historia pero no contra un rival. Contra sí mismo. En el caleidoscopio de nuestra historia, nunca habíamos estado tan cerca, ahí, acariciando la Copa. Años y años escuchando a las hinchadas rivales cantando: “Ganá una copa la puta que te parió”.

Once hombres azulgranas contra once hombres blancos paraguayos, como si fueran nuestros propios fantasmas. Que allá en Paraguay habíamos jugado bien y merecimos ganar. Predominando en el medio con un Mercier descomunal y Ortigoza manejando los tiempos. Con Nacho Piatti y el Pipi Romagnoli teniendo la pelota, con la defensa firme. Y arriba Matos, que tras una combinación entre el Pipi, Buffarini y el Tito Villalba, la empalmó de primera en el área para el primer gol.

Los paraguayos, equipo duro pero sin gran imaginación. San Lorenzo predominó, pero nos empataron en un centro al área poblada de jugadores, que era la calle Florida el área, y le viene a quedar a Santa Cruz, dejame de joder. Y el uno a uno. Y la vuelta. Cincuenta mil hinchas en la cita de sus vidas.

Y un equipo que se había insinuado mejor de visitante, de local lo iba a pasar por arriba. Minga. Que San Lorenzo jugó como la mierda.

Contra sí mismo. Con una presión descomunal que no partía desde el público que alentaba sino de una historia maldita.

Esa historia que decía que la primera Copa Libertadores, la de 1960, la despreciamos. Torneo de mierda, habrá pensado el presidente Alfredo Bove. Siete equipos participaban pero qué importaba si la ganabas. Semifinales, con Peñarol. Empatamos uno a uno allá y cero a cero acá. No había gol de visitante, esas triquiñuelas copiadas del fútbol europeo. Correspondía partido de desempate en cancha neutral. El presidente de Peñarol tentó al de San Lorenzo:

-Juguemos de nuevo en el Centenario. Y para compensar, le ofreció un resarcimiento económico. Cincuenta mil pesos. Bove dijo que sí, si era un torneo de mierda que no le interesaba a nadie, pensó. Que San Lorenzo tenía un equipazo, con el Nene Sanfilippo, con Omar Higinio García, con Facundo, Ruiz y Boggio. El equipazo campeón de 1959.

Cincuenta mil pesos, perdimos 2 a 1 en el Centenario. Cincuenta y cuatro años después, mientras San Lorenzo jugaba el peor partido de la Copa, en el estadio colmado hasta las tetas a nadie se le ocurría pensar en este Alfredo Bove. Como si el embrujo que tendió en ese momento despreciando a la Copa se hubiera vuelto invisible. Que hasta Racing la tenía con el equipo de José, y te la refregaban, como el gol en blanco y negro del Chango Cárdenas en la Intercontinental. Hubiera ganado esa copa de siete equipos del 60 y el drama no hubiera sido tanto la noche del 13 de agosto del 2014.

Minuto 30. Tras una media chilena del uruguayo Cauteruccio, la pelota fue interceptada por el defensor paraguayo con la mano en el área. El árbitro no dudó. Penal para San Lorenzo. Que jugaba como el diablo, que los once estaban desconocidos, que hasta Mercier la había perdido en el inicio y el delantero de Nacional de Paraguay estrelló la pelota contra el palo. Que jugaban mejor los paraguayos,

como de paseo por la urbe porteña, sin ninguna presión. Jugaban livianitos, mientras San Lorenzo aparecía con la mochila de los años y las frustraciones. Penal, entonces. Y todos los ojos apuntaron a él. A Néstor Ortigoza, el especialista. Que no se había errado ninguno de como veinte y pico que había pateado en San Lorenzo. El Gordo acomodó la pelota y no pensó en el ex presidente Alfredo Bove. Vení a patearlo vos, hubiera sido justo que le dijera. ¿Saben lo que pesaba ese penal? La pelota era de granito, cuando la tomó y la acomodó. Que si lo pateaba y pegaba en el palo, le hubieran dicho que debió asegurar la dirección de la pelota. Que si la atajaba el arquero, le hubieran dicho que debió pegarle fuerte y tirarla a la tribuna de última. Que si la tiraba afuera, le hubieran dicho que le pesó la responsabilidad, que su referida efectividad no sirvió de nada. Porque era mejor haber errado los otros veinte y pico de penales y meter sólo ese. Tomó carrera Néstor Ortigoza, y seguramente intentó abstraerse. Porque si no tenés poder de abstracción en ese momento, podés morir pisado por la presión. Habrá recordado los torneos de penales que jugaba por plata en su barrio. Que le había ido bastante bien ahí, cuando ganar significaba un complemento del salario de la familia. Ahora, ya no era necesario jugar por plata, porque San Lorenzo le pagó para patear ese penal. Cuatro, cinco pasos de carrera. Se imaginó en el potrero de la Paternal, una cuna maldita para San Lorenzo, que esos nos mandaron a la B. Que todo estaba mezclado en esa carrera pausada, dando saltitos hacia la pelota. Que cincuenta mil gargantas esperaban sólo gritar gol.

No parecía nervioso Ortigoza. Como gozando de ese momento de estrellato, que podía convertirse en la inmortalidad. El Patón Bauza no quería ni mirar. Parado en el banco de suplentes, miraba la platea norte y quería solo escuchar el grito de gol. De un gol que se esperaba desde hace 54 años. Y el Gordo fue hacia la pelota, perfiló la cara interna del pie derecho. A colocar, no

como Netto en Rosario que la colgó en la tribuna en el 95. Eligió el palo donde colocarla y observó al arquero. Esa capacidad de hacer como tres cosas al mismo tiempo. Trotar, mirar al arquero, pegarle a la pelota. Y el arquero eligió el otro palo. Y gol. Y gol, carajo y la puta que lo parió.

Y el estadio se derrumbó en el Bajo Flores por la potencia del grito de gol, que fue un estruendo ensordecedor, que se prolongó como liberándose luego de más de medio siglo.

Y el segundo tiempo que duró bastante menos porque el Pipi Romagnoli tenía la pelota. Que ya estaba terminado, que no podía jugar más habían dicho. La pidió, la guardó, buscó los foules. Juego lateral, poco profundo, de posesión. Aún así, nos salvó del empate un cruce milagroso de Gentiletti. Había que aguantar. Dásela al Pipi, carajo. Y la distribuyó, hacia los laterales o encarando buscando el roce para el foul, para volver a sacar, a cambiarla de lado, a tenerla.

A tres minutos del final, el Patón Bauza lo sacó y se llevó una ovación enorme. Ingresó Kanemann, con la envidia que hacía recordar a muchos que no pudieron y merecieron esa copa. Que pusieron los huevos del Gringo sin premio. Hacer un listado sería injusto, hubo muchos y están en el corazón de cada cuervo. Esa noche estuvo todo mezclado. Tanto que la gente, a dos minutos del final, mientras la pelota era retenida sin atacar en el lado izquierdo de mitad para adelante, la tribuna se levantó entonando aquella canción que surgió en el 96, al ritmo de los Simbabwe, cuando aquel gran equipo del Bambino no pudo ganar la Copa. La canté abrazado con mi hijo Santiago, que no lo sabía:

“Vamos a volver a salir campeones / Sanloré, Sanloré, Sanloré/
vamos a ganar la Libertadores / va a volver la fiesta para Boedo / y va a haber velorio en el gallinero”.

River nos había amargado aquella vez.

Esta vez, el Ciclón pudo gritar, a modo de revancha: “ahora está re loca por esa Copa / para que nos chupen bien las pelotas, River y Boca”.

Que todo estaba mezclado. Pasado y presente. El sufrir, el caer, el volver a levantarse. Hundirse y resurgir constante. Y el sentimiento de creer que, luego de ver al Pipi y a esos hombres inmortales en la historia levantando la Copa, se juntaban pasado y presente, y el presente le ganaba al pasado. Y el futuro, el futuro sólo podía ser venturoso, porque después de eso iba a ser todo de yapa. De yapa.

LA CARRERA DEL PIPI

Convengamos que el hombre no tiene el apodo propio de un caudillo. Que su designación informal es más asemejable al de un grumete, un pibe. Que siendo pibe lo conocimos en San Lorenzo. Nació y se retiró con la azulgrana en la piel. Que fue casi como Bochini en Independiente. Pero el Pipi es incomparable.

Casi cuatrocientos partidos jugados. Fin del siglo veinte y albores del siglo XXI, este hombre marcó una época. Que la número diez azulgrana y él se identificaron tanto que ya nos parece imposible que otro jugador pudiera llevarla. Que el diez cuervo es el Pipi Romagnoli, carajo. Seis títulos. Treinta y seis goles. Las estadísticas no mienten pero qué poco explican. Porque el Pipi, más que sus propios goles, fue los goles que hizo hacer. Y cómo nos hizo jugar llevando la pelota con el pie derecho, asegurando la posesión, ensayando la gambeta y pergeñando la asistencia. Jugar y hacer jugar, esa cualidad que muy pocos jugadores tienen. Equivocarse y volver a pedirla. De los últimos sobrevivientes de los números diez que irradiaban talento, condenados casi a la extinción por tácticas conservadoras y el doble cinco. Una carrera que concluyó en junio de 2018.

Pero aquí voy a recuperar también otra carrera. Clausura 2012 con el ciclón caminando por la cornisa de un nuevo descenso. La hinchada cantaba al ritmo de Creedence, el que viralizó el Mundial 2014 pero que nació como canción de cancha en El Nuevo Gasómetro:

“Vengo del barrio de Boedo / barrio de murga y carnaval / te juro que en los malos momentos / siempre te voy a acompañar”.

Un juramento de fidelidad que conmovía, y San Lorenzo jugando a cancha llena todos los partidos. Y la canción que culminaba con el estribillo:

“Dale dale Matador / dale dale Matador / dale, dale, dale dale Matadoodor”.

Que era casi un apodo que había quedado de épocas gloriosas. Porque ese equipo, en realidad, dejaba vivir a los rivales. Que no le ganábamos a nadie. Y que los rivales nos hacían goles hasta sin querer, como aquél de Garcé cuando enfrentamos a Colón. Que el jugador creyó la jugada invalidada y le pegó al arco por las dudas, por si valía. Y fue gol, viejo, fue gol. Hasta sin querer entraban las pelotas en nuestro arco.

Y la tarde de la carrera del Pipi que voy a recuperar acá no fue la excepción. Que estábamos jugando bien contra Newells de local. Que tuvimos varias situaciones de gol en el primer tiempo, no acertando ninguna. Y los visitantes patearon dos veces al arco y la clavaron en el ángulo Pablo Pérez y Muñoz. Que el campeonato era así, cuesta arriba.

En el segundo tiempo, Caruso Lombardi mandó a la cancha al Pipi y nos quedamos un poco más tranquilos los cuervos en medio de la desazón. Dos a cero abajo. Pero preferíamos hundirnos con el Pipi y Bernardo (que continuó en el banco) en la cancha, con los mismos que nos habían llevado a la gloria. Que si ellos no nos podían salvar, era que no teníamos salvación. A los seis minutos, el Pipi pateó bien un córner y la metió de cabeza Gigliotti. Luego del centro de Buffarini, empató el uruguayo Bueno. Dos a dos se puso el partido en una ráfaga. Vamos carajo, nos levantamos los cuervos con el “Dale, dale Matador”, que por una vez se traducía en la cancha.

Pero todo pareció un fugaz espejismo y volvió la suerte del primer tiempo. Que Gigliotti se lo perdió debajo del arco, que Bueno reventó el travesaño. Ya está, no va a entrar más. San Lorenzo, en descenso directo.

¿Cuánto falta? – pregunté a un hincha al lado. Esos momentos de desesperación en que ves que se suceden los cambios, que los visitantes hacen tiempo, que la revolean y mirás al árbitro, que en cualquier momento lo puede terminar.

-Qué se yo. Deben faltar dos minutos – me dijo el tipo mirando de reojo su reloj. Y la puta que lo parió. En ese momento, la aguantó el uruguayo Bueno. Descargó para el Pipi, en la mitad de cancha hacia la izquierda. Tirá el centro a la olla, pensé yo. O varios. Esos momentos en que ya no hay tiempo para las gambetas, para pensar. En que todos los hinchas imploramos por meter la pelota en el área de cualquier manera, con los nervios exasperados.

Pero el Pipi, como el apodo, se vistió de pibe. Y retrocedió como diez años, a las épocas de gloria. Comenzó a llevarla, conduciendo el ataque santo. La llevaba con la derecha avanzando por la izquierda, amagando a ir por adentro para el centro a la olla y siguiendo por afuera. El slalom, el amague para desairar a los marcadores. Que las rodillas parecían aguantar. Que se rompa, pero que no se doble, había dicho el caudillo Alem en el siglo XIX. Más valía romperse que rendirse. Dos, tres hombres atrás, y el Pipi entrando al área, cerca de la línea final. El último enganche se la dejó para la zurda, la que usaba solo para sostener su cuerpo. Con lo último, tiró el centro con la pierna inhábil, sobre la línea final. Para que se zambullera Gigliotti y conectara de cabeza al gol. Y el estadio que explotó en el grito de gol de todos, de los jugadores pateando al aire, a todo, como pegándole a la mala suerte, que la queríamos cagar a trompadas. Y las lágrimas brotaron del ídolo arrodillado junto a la línea de cal que da a la platea sur. El ídolo, vestido de mago, llorando en el barro. Y festejando simplemente no morir ese día. Que había que seguir viviendo y pelearla hasta el final. Que vamos ciclón, vamos. Ponga huevos, que ganamos, como gritó la hinchada.

Muchos recordamos la imagen de nuestro ídolo levantando la Copa Libertadores en el 2014. Y claro que nos enorgullece, como cada uno de los títulos y triunfos de su carrera. Pero tiene sentido traer también esa otra carrera del Pipi en el 2012, para intentar salvarnos del precipicio desafiando imposibles como un pibe. Y la imagen del ídolo llorando en el barro. El barro y la gloria. El bronce de un ídolo de carne y hueso. Con la azulgrana en la piel, hasta el final.

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Dedico este libro a mi amor, Mariana. A nuestros hermosos hijos, Santiago y Guadalupe, compañeros de la pasión por el ciclón. A mis queridos viejos, Mecha y Rafa. A mi suegro, Juan José y mi cuñado Juan Martín, también cuervos.

A mis compañeros de cancha y de pasión, algunos de los cuales aparecen en los relatos. A mis hermanas, Vero y Ceci. A mis sobrinos queridos. A mis tíos, Inés y Horacio, y a los primos Martín y Diego. A mis tíos Ramón y Arturo, que me hizo de San Lorenzo. A mi amigo entrañable Pablo y mi primo Martín, que imaginaron este libro antes que yo.

Dedico el libro y agradezco a mis amigos incondicionales Miguel y Mariela, que siempre valoran y acompañan mis aventuras literarias, incluso sin compartir el ser hinchas de San Lorenzo. También a Javier, Juan, el Flaco y Pepy.

Agradezco al primo Diego por valorar el libro y ayudar con su presentación y diseño.

Gracias al Museo Jacobo Urso por publicar y difundir cada relato en su página Web. Gracias a quienes ayudaron a difundir: San Lorenzo Web Site, Mundo Azulgrana y Debate San Lorenzo.

Gracias enormes al programa radial San Lorenzo Ayer, Hoy y Siempre de los hermanos Res, que leyeron algunos de los relatos.

Gracias al club por hacer nota de difusión, en especial a Andrés Gómez Franco y a Eduardo Bejuk. Y siguiendo su idea, este libro está dedicado a todos los HERMANOS CUERVOS.

Sebastián Giménez

